

EDICIONES
BISTAGNE

1
PTA



**LA PRINCESA
SE DIVIERTI**

POR MARTHA EGGERTH

LA PRINCESA SE DIVIERTE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

La princesa se divierte

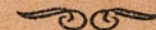
Deliciosa opereta, de agradabilísimo asunto, inspirada música
y simpática interpretación

Música de ARTHUR GUTTMANN

Dirección de JOHANNES MEYER

Es una producción

EUROPA FILMS



Concesionarios para Cataluña, Aragón y Baleares

FEBRER Y BLAY

Rambla de Cataluña, 118

BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

INTÉRPRETE PRINCIPAL:

Martha Eggerth

La princesa se divierte

ARGUMENTO DE LA PELICULA

I

—¿Qué demonio están tramando contra mí? ¿Qué quieren hacer conmigo? ¡Princesa por aquí! ¡Princesa por allá! ¡Antes nadie se ocupaba de mí! Ahora no me dejan vivir en paz. Que si tengo dolor de cabeza, que si he dormido bien, que si pitos, que si flautas... ¡Esto no es vida! ¡Y estoy dispuesta a que termine esta situación insoportable!

—Alteza...

—¡Cuerno!

—¡Por Dios, princesa!

—Eso digo yo: ¡por Dios, condesa!

La condesa, dama de honor de la princesa Cristina, era una señora de edad, toda habilidad y diplomacia, que había logrado aquel alto cargo gracias a sus dotes extraordinarias para alternar con las personas de sangre real.

La princesa Cristina era una preciosa muchacha que aun no había cumplido los veinte años.

No podía dilucidarse qué era lo más bonito de ella: si la cara o el cuerpo.

Su figura era un prodigio de perfección. Las líneas se combinaban prodigiosamente para ofrecer un conjunto lleno de armonía.

La cara no sólo era encantadora por lo perfecta, sino también por un algo misterioso de simpatía y seducción que emanaba de ella. Era como una luz cuyo origen podía buscarse en su perpetua sonrisa, en sus ojos vivos, dulces y claros, en su cabello suavísimo y brillante.

De poco tiempo a aquella parte se habían multiplicado hasta lo insupportable las atenciones que la princesa recibía de todos cuantos la rodeaban.

Ella era una mujer independiente, de sensibilidad, que prefería una hora de libertad a todas las adulaciones del mundo.

La princesa estaba indignadísima.

—¿Es que no voy a poder dar un paso sin que ustedes me lo impidan? ¿Es que hasta para toser

voy a tener que pedirles a ustedes permiso?

—¿Cómo puede pensar eso su Alteza de mí?—clamó la condesa trémula y suplicante.

—Conteste usted a lo que le pregunto: ¿por qué me hacen ustedes la vida imposible?

—No pretendemos hacer la vida imposible a su Alteza.

—Pues entonces déjenme en paz y no se vuelvan a ocupar de mí.

—¡Oh, Alteza! Son órdenes superiores.

—Pues le prohibo a usted que reciba órdenes contra mí. ¡Esto pasa ya de la raya!

—No os disgustéis, Alteza. ¿No comprendéis que vuestra preciosa vida sufre con esos arrebatos?

—Lo que estoy viendo es que me van ustedes a hacer salir los cabellos verdes. ¿Qué digo verdes? ¡De todos los colores del arco iris!

Y gritaba cada vez más. El final fué que echó a correr hacia su habitación y se echó de bruces en la cama.

La condesa la siguió, así como tres doncellas. Inmediatamente salieron las tres doncellas corriendo. Después salió la condesa.

—¡Una compresa de agua fría!

Todos los criados que estaban en la antecámara salieron corriendo como antes habían salido las doncellas.

La condesa se pasó la mano por la frente. Sudaba. Jadeaba.

De pronto, su vista se fijó en un jarrón que había junto a la pared. Era una preciosa pieza de adorno colocada sobre un pedestal.

La condesa lanzó un suspiro, se fué hacia el jarrón, lo destapó, sacó de él una botella y un vasito, llenó éste y se lo bebió.

Desde aquel momento se sintió fortalecida.

Entretanto la princesa estaba en su lecho, ya con un paño de colonia en la frente. Tenía los ojos cerrados. Era el procedimiento que empleaba cuando quería que la dejaran en paz.

Pero una mirada por entre los párpados le permitió darse cuenta de que en la habitación estaba su doncella de confianza.

Se quitó el paño de la frente, se sentó en la cama y le preguntó:

—¿Sabes algo?

—¿De qué, Alteza?

—De lo que se trama contra mí.

—No, Alteza.

—Si mi doncella no lo sabe, de-

be de ser un misterio impenetrable.

Acababa de dejar la condesa la botella en el jarrón, cuando la puerta se abrió y un criado anunció campanudamente a su excelencia el jefe de ceremonias.

El caballero, impecablemente vestido, iba pregonando lo que era: un modelo de elegancia y de finura.

—¡Querida condesa!— exclamó. —Hace más de una hora que estamos esperando.

—Quien ha envejecido en la corte debe saber esperar.

—Pero ¿todavía no está la princesa lista para el ensayo?

—Estoy lista hace media hora.

Era la misma princesa la que había hablado así, la princesa que, llevada sin duda por la curiosidad acerca de lo que tramaban contra ella, había decidido asistir a los ensayos que tan preocupada tenían a la condesa.

—Nuestros invitados están impacientes por veros, Alteza—dijo el jefe de ceremonias.

—Y yo por saber por qué nos martirizan con esta mascarada —repuso la princesa al mismo tiempo que tomaba el brazo del jefe de ceremonias—. ¿Lo sabe usted?

—Si lo supiera no os lo diría, princesa. Ya conocéis mi discreción.

—Por lo visto, duda usted de la mía.

—¿Cómo podéis pensar eso, Alteza?

Y salieron al jardín, acompañados de la condesa. Además, la princesa conducía a un precioso perrito al que distinguía con su adoración.

II

En una especie de glorieta abierta en el lugar más frondoso del jardín, estaba reunida la distinguida concurrencia, a un lado y a otro de un magnífico sillón vacío.

A un lado había una orquesta, a cuyos compases bailaba un cuadro de bellas danzarinas.

Cuando llegó a la glorieta la princesa, la música cesó, el público se puso en pie y las danzarinas se inclinaron con un movimiento lleno de reverencia.

Se sentó el jefe de ceremonias en una de las sillas vacías y la conde-

sa se quedó en pie junto al sillón vacío.

La princesa cantó la canción que su maestro de música le había hecho ya repetir docenas de veces, acompañada de la orquesta y mientras las danzarinas reanudaban sus evoluciones.

Su Alteza tenía una preciosa voz que, unida a la belleza de sus dientes y al trazo realmente prodigioso y encantador de sus labios, hacía de aquel concierto de canto algo que embelesaba y fascinaba, sobre

todo al elemento masculino de la corte.

—Pero ¿ha visto usted nada más delicioso que esta criatura?—decía un cortesano a otro, en voz tan baja como la discreción exigía.

—Por Dios, duque, ¡llamar criatura a una princesa!...

—Es que viéndola se olvida uno de que es una princesa y le parece estar contemplando a la más bella artista o a la más seductora *cocotte*.

—Sin duda ha perdido usted el juicio, duque.

—Lo que pasa es que soy más sincero que usted.

—Todos mis respetos para su Alteza.

—Pero eso no le impide recrearse en la contemplación de los detalles más íntimos de su cuerpo. Ahora mismo le he sorprendido a usted con la boca entreabierta y los ojos entornados, ni más ni menos que cualquiera de los caballeros que están reunidos aquí. Mire, si no, al embajador del país vecino. Se le está cayendo la baba.

—Duque, me parece que su lenguaje está un poco contaminado de la vulgaridad de los cabarets que frecuenta.

—Hablar claro no cuesta nada y

eso es lo que hago yo. ¿Ve usted a la princesa Cristina? Pues ahora mismo me iba yo hacia ella y le decía: “¡Me la comía a usted!”

—¡El colmo!

A todo esto la princesa seguía cantando deliciosamente. El maestro de ceremonias estaba tan boquiabierto como el amigo del duque. En cuanto a la condesa, llevaba el compás con la cabeza y sonreía seráficamente. La condesa era la más interesada en que su Alteza tuviera un éxito, pues sus Majestades la hacían responsable a ella de lo que pudiera ocurrir el día de la representación, de aquella representación para la que estaban ensayando y que no sabían cuándo tendría lugar, porque todo obedecía a planes secretos de sus Majestades, en combinación con el jefe del Gobierno.

De pronto se dió cuenta la condesa de que el perrito de su Alteza iba suelto por el jardín. Y como danzaba por en medio de la glorieta, con peligro de enredarse entre las piernas de alguna danzarina, le llamó.

El chuchito echó a correr y, al ver un sillón vacío al lado de la condesa, subió al asiento de un salto y allí se sentó como si fuera una

personalidad importante de la corte.

Terminó en seguida la princesa de cantar.

Se le tributó una ovación sincera, a la que su Alteza correspondió prodigando las genuflexiones y las sonrisas.

—¿Qué le ha parecido a usted? — preguntó al jefe de ceremonias acercándose a él con la ligereza de un pájaro.

—¿Qué queréis que me parezca, Alteza? ¡Prodigioso, estupendo, admirable!

Entonces se dió cuenta la princesa de que su adorado chuchito estaba sentado en el gran sillón, que era como el puesto de honor entre la aristocrática masa de espectadores.

—¡Oh!—exclamó entusiasmada. —No sabía que esta fiesta era en honor de mi perrito.

El jefe de ceremonias miró al sillón y al ver que estaba ocupado por el privilegiado cuadrúpedo, exclamó muy apurado:

—Sufrís un error, princesa. Ese sillón es para el príncipe de Limburg.

—¿Para el príncipe de Limburg? —inquirió la princesa empezando

a comprender lo que contra ella se tramaba.

Y trémula de indignación ante el desaire que a su chuchito se hacía, exclamó:

—Entonces hay que repetir el ensayo.

Volvió al pequeño estrado que le habían puesto a un lado de la glorieta para cantar y dijo al director de orquesta:

—¡Música, maestro!

La música volvió a sonar y empezó a danzar el cuadro de baile.

La princesa volvió a cantar, pero, poco a poco, fué pasando del tono cadencioso, prudente y dulce, al rápido y desenfadado del charlestón.

Al mismo tiempo, toda clase de ademanes picarescos y de guiños y gestos más pícaros todavía, hacían de su Alteza real una traviesa *vedette* de revista.

El duque estaba entusiasmado.

—¡Mire usted qué cintura, y qué movimientos y qué... salero tiene la chiquilla!—exclamaba dirigiéndose a su amigo, que como todos los demás espectadores, estaba sorprendidísimo ante el cambio que había experimentado la actuación de su Alteza real.

Cuando se cansó de cantar y de bailar, saltó del estrado, se dirigió a su perrito, le besó tiernamente y se fué con él volviendo desprecia-

tivamente la espalda a la distinguida y aristocrática concurrencia.

III

—¡Qué escándalo! — exclamaba la condesa, yendo como loca de un lado a otro de la habitación.

—Realmente — repuso el jefe de ceremonias—, eso no había sucedido desde el año 1740.

—Usted siempre tiene una fecha en la boca.

—¿Qué quiere usted que tenga?

—No se arregla nada citando fechas. Eso demostrará su erudición, pero no es una solución para el gran conflicto en que nos hallamos.

—Verdaderamente es algo que no tiene precedente.

—Pero ¿no acaba usted de decir que ya ocurrió en el año 1740?

—¡Toma! ¡Pues es verdad! Es

que no sé lo que me digo, condesa. ¡Estoy tan confundido!

—¡Una princesa sola por la calle!...

—Va con su perro, pero para el caso es como si fuera sola.

—Naturalmente. ¡Qué ocurrencia!

Y he aquí por donde, sin proponérselo, hemos dejado el problema explicado.

Lo que tanto preocupaba a la condesa y al jefe de ceremonias era que la princesa se había marchado sola y a pie por la calle.

—Lo que pasa es que ese diablillo se ha fugado—dijo de pronto el jefe de ceremonias.

—¡Qué atrocidad! ¡Si alguien le oyera, excelencia!...

—Es una atrocidad, pero que no tiene nada de inverosímil dado el carácter de la princesa Cristina.

—¡Hay que buscarla, hay que buscarla antes de que se enteren los periódicos!...

Y al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras decisivas, la condesa se dirigía al jarrón y lo destapaba.

—Aquí he encontrado más de una vez consuelo—repuso la condesa filosóficamente.

Y sacando la botella se bebió una copita del reconfortante licor.

El jefe de ceremonias la miraba estupefacto.

—Pruébelo usted, excelencia, y dígame si hay algo mejor para los problemas insolubles.

Llenó el vasito y se lo ofreció a su excelencia.

Este lo apuró y lo paladeó poniendo los ojos en blanco.

—En mi vida había probado licor tan exquisito.

—En cada piso tengo uno de estos calmantes.

—¿De dónde lo saca usted?

—Me lo manda María, la anti-gua doncella de la princesa.

Y al decir esto se quedó tan perpleja como si acabara de hacer el descubrimiento más importante del mundo.

—Ahora que nombro a María se me ocurre una idea.

—¿Sobre qué?

—Sí, sí—dijo la dama, absorta en sus pensamientos—. Es en casa de María donde está la princesa.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque siempre que le ocurre algo o tiene alguna duda va a consultársela a ella.

—¡Vaya una ocurrencia!

—Tiene su explicación.

—¿Qué explicación?

—La de que María tiene mucho mundo.

—¡Ah!

—¿Y qué problema tiene ahora la princesa?

—¿Le parece a usted poco problema el matrimonio?

—Pero ¿acaso sabe ella que ha de casarse?

—Lo ha descubierto usted en el jardín al decirle que el sillón vacío estaba reservado para el príncipe de Limburg.

—¡Válgame Dios! ¡Pues buena la he hecho!

—En fin: no hay tiempo que per-

der. Hemos de tomar una determinación.

—La verdad es que a mí no se me ocurre nada, condesa.

—Pues a mí sí.

—¿Qué se le ha ocurrido?

—Ir a buscarla.

—¿Dónde?

—En primer lugar a casa de María.

—Es un juego peligroso si no se hace con discreción.

—¿Cree usted que yo no soy discreta?

—No he dicho tanto, condesa.

—En cambio, usted deja bastante que desear en cuanto a eso.

—Condesa...

—Ha dado prueba de ello en el jardín, durante el ensayo, provocando esta actitud peligrosa de la princesa.

—¡Es espantoso!

—¡Qué hombres! Está temblando como un niño.

—No es para menos.

—Hay que obrar.

—Estoy a sus órdenes, condesa.

—Para que no se sospeche el motivo de nuestra salida, mandaremos preparar el coche de paseo.

—¡Eso es! Y diremos que vamos a dar una vueltecita.

—Claro que con esto la que sale perjudicada soy yo.

—¿Por qué?

—Porque no sé qué pensarán de nosotros. ¡Es tan mala la gente!

—¡Por Dios, condesa! Nosotros no estamos ya para esos trotes...

—Será usted el que no lo está—replicó la condesa, herida en lo más vivo—. Pues lo que es yo, todavía puedo echar al aire alguna que otra canita.

“Con tantas como tienes—dijo su excelencia para sí—, no es extraño que te aventures a echar alguna.”

Pero se guardó muy bien de expresar sus pensamientos.

Por el contrario, dijo:

—No he querido ofenderla, condesa.

—Por si acaso, iré yo sola a buscar a la princesa.

—Es usted inexorable.

—Así lo tendrá usted presente para otra vez. ¿Tiene la bondad de dar orden de que me preparen el coche?

—¿Cómo no, condesa?

Y en seguida se fué para dar las órdenes oportunas, mientras la condesa pasaba a sus habitaciones con objeto de ponerse el sombrero.

IV

Entretanto, la princesa, a pie y sin más compañía que la de su perrito, iba por la calle, llamando la atención de todos los hombres que pasaban por su lado.

Nadie, viendo su desenvoltura y el gracioso desenfado de su paso, hubiera dicho que era una princesa. Sin embargo, había en ella un sello inimitable de elegancia natural, esa elegancia innata que no depende del vestido sino de quien lo lleva.

Su vestido era alegre y juvenil como su semblante. A veces tenía la princesa que correr porque el perrito, contentísimo también de aquel democrático paseo, brincaba, retozaba y correteaba, al mismo tiempo que lanzaba alegres ladridos.

Así llegaron a la cervecería donde María estaba empleada como camarera, cargo no tan importante como el que antes tenía al lado de la princesa, pero que le producía mucho más.

En la cervecería no había nadie. Ni siquiera se había hecho aún la limpieza. La gente iba allí por la noche, y durante la mañana todo dormía en la cervecería, como dormían sus clientes después de las abundantes libaciones.

María estaba quitando el polvo a los instrumentos del jazz-band, cuando vió llegar a la princesa.

—¡Tanto honor por esta casa, Alteza! — exclamó con el orgullo de recibir la visita de tan alta personalidad.

—Pues no vengo para nada bueno, María.

—¿Tenéis algún motivo de queja contra mí?

—No es eso. El mal viene de otra parte.

—¿Qué mal, Alteza?

—Figúrate que me quieren casar.

—¿Con quién?

—Con el príncipe de Limburg.

—No le conozco, pero debe de ser un partido.

—Aunque sea un entero no quiero casarme con él. ¡No, no y no!

Y al mismo tiempo, como para reforzar su negativa, cogió la maza del bombo y dió en el cuero un golpe tan formidable que toda la casa retumbó.

—¿Acaso es viejo, feo, antipático?

—Debe de ser las tres cosas a la vez. Además, como no lo conozco, no lo quiero y yo he de casarme con un hombre elegido por mí y no impuesto por esa engorrosa gente que me rodea.

—Siendo así, comprendo vuestro disgusto, Alteza.

—¿Qué podría hacer para libramme de este enredo?

—En esos casos la solución es siempre un poco complicada. Yo me vi una vez en un caso así. Me querían casar con un hombre al que yo no amaba.

—¿Y te casaste?

—No, Alteza.

—¿Qué hiciste?

—Pues dije que esperaba un niño de mi Pablo y eso me salvó.

—Pero yo no espero un niño de su Pablo—dijo la princesa con desaliento.

—Tampoco lo esperaba yo. Fué una mentira que me dió muy buen resultado, porque el que se quería casar conmigo ya no se quiso casar.

—¿No tienes otra idea?

—No se me ocurre nada más, Alteza.

—Pues habré de luchar frente a frente.

Y, tomada esta determinación heroica, salió de la cervecería con su perro.

V

Iba a cruzar el arroyo, cuando vió venir un coche de palacio y reconoció a la condesa en la que viajaba en él.

Se vió perdida. Miró a un lado y otro buscando dónde esconderse y no vió más que un coche de punto. Rápidamente, sin vacilar un momento, abrió la portezuela y penetró en él.

Al mismo tiempo que ponía el pie en el estribo, el perrito se le escapó.

Su primer pensamiento fué echar a correr tras él para cogerlo, pero desistió en seguida al comprender que aquello equivalía a dejarse ver por la condesa, que la obligaría a subir al coche y le haría un discurso acerca de la inconveniencia de que una princesa fuera a pie y sola por la calle.

Mucho quería a su perrito, pero prefería perderlo a tener que soportar un sermón de la condesa sobre las conveniencias cortesananas.

De súbito, funcionó la portezuela contraria del coche de punto y éste arrancó.

La princesa se volvió rápidamente y vió que a su lado había un elegante joven de aspecto sumamente simpático.

Pero lo que más le llamó la atención a la princesa fué que el *gentleman* no le hacía el más mínimo caso, ni más ni menos que si no se hubiera dado cuenta de su presencia.

¿Era eso posible?

Habría deseado que lo fuese para encontrar una justificación a la

actitud del joven, pero la verdad era que aquello resultaba tan absurdo como pretender que no hubiera visto el asiento donde se había sentado.

¿Por qué entonces no hacía el más mínimo caso de ella?

Y como Hamlet, la princesa Cristina se dijo:

—Este es el problema.

V

—¿Por qué está usted tan callado?—no pudo menos de preguntar la princesa.

Pero el joven seguía sin hacerle el más mínimo caso.

Esto pasaba de la raya.

—¿No le extraña ver a una desconocida en su coche?

Silencio.

—O está usted loco o lo estoy yo—dijo la princesa exasperada—. ¿Acaso sucede todos los días que un caballero entre en un coche y vea que hay dentro una señorita?

Por fin habló el joven con un tono sumamente natural:

—Ni me extraña ni me deja de extrañar. A mí no me molesta lo más mínimo. Yo voy adonde tengo que ir. Ya se apeará usted cuando le plazca.

Y se disponía a encender un cigarrillo, sin duda con el propósito de no volverse a ocupar de la intrusa, cuando la princesa, indignada por el desprecio de que la hacía objeto el desconocido, mandó parar el coche dando unos golpecitos en el pescante y una orden al auriga y se dispuso a apearse.

Pero apenas había puesto un pie en el suelo, se dió cuenta de algo

sencillamente espantoso. Seguían el mismo trayecto que el carruaje de la condesa y éste se acercaba al coche de punto a toda prisa.

Entonces volvió a subir al coche, volvió a sentarse, volvió a cerrar y dijo al cochero que reanudara la marcha.

—¡Cuánto tiempo sin verla! — comentó el joven burlonamente.

—Me persiguen—se justificó la princesa.

—¿Acaso ha cometido usted algún robo?

—¡Oh, no!

—¿Un asesinato?

—¡Qué horror!

—Entonces no comprendo.

—A ese paso no lo comprenderá usted nunca.

—Parece que está usted muy preocupada. Lo leo en sus ojos.

—Pues sabe usted leer.

—¿Qué es lo que le preocupa?

—Mi Zuzi.

—¿Su marido?

—No.

—Entonces, ¿quién es Zuzi?

—Mi perro.

—¡Ah!... ¿Y qué le pasa a su perro?

—Pues que se ha escapado.

—¿Nada más?

—¿Qué más quiere usted que le suceda?

—¿No sabe usted que los perros que se escapan por la calle terminan volviendo a casa solos?

—Eso serán los perros vagabundos, y mi Zuzi no es un perro vagabundo.

—Comprendo — exclamó el joven burlonamente—. Es un perro que se ha pasado la vida en el palacio real.

—¡Quién sabe!

—Pero todavía no me ha dicho usted por qué la persiguen.

—Bien se está vengando ahora de todo el tiempo que ha estado callado.

—¿Le parezco muy preguntón?

—Más que un reportero.

—La culpa la tiene usted por haber protestado contra mi discreto silencio.

—Bien arrepentida estoy.

—Ahora ya es tarde.

—A toda hora es tiempo de bajar.

—Si usted lo desea, no seré yo quien se lo impida.

—Si usted desea que lo desee...

—De ningún modo.

—Entonces seguiré en el coche.

—¿Adónde quiere que la lleve?

La princesa vaciló. Después dijo:

—Pues... siempre adelante.

* * *

Entretanto, en palacio, el jefe de ceremonias había dado la orden de que se espiera la llegada de la princesa y se le avisara inmediatamente que la vieran venir.

Cerca de una docena de criados se situó en el pórtico de la entrada principal de palacio, cumpliendo las órdenes de su excelencia.

¿Vieron llegar a la princesa? No. Pero vieron llegar a Zuzi, arrastrando su cadena.

Todos los criados se abalanzaron sobre él, mientras uno iba en busca del jefe de ceremonias para darle cuenta del hallazgo.

Su excelencia se apresuró a salir a la escalinata, donde le entregaron el perro.

Se quedó pensativo, mirando al animalito fijamente.

De pronto exclamó:

—¡Debe de haberle ocurrido algún accidente a la princesa!

Y una ráfaga de la ciencia de Sherlock Holmes llegó a su espíritu.

—¡El perro me llevará al lado de la princesa!—exclamó.

Ordenó a un criado que le siguiese e invitó al perro a que fuera en busca de su dueña.

Naturalmente, el perro no le entendió, pero como deseaba reunirse con la princesa, por ese impulso que lleva a todos los perros al lado de sus amos, echó a andar olfateando el suelo para identificar las pisadas de la princesa.

Salieron del palacio y siguieron el camino que había seguido la princesa al salir de palacio. Era natural, puesto que el perro seguía la pista de su amita por medio de las pisadas que había dado, pisadas que llegarían a la cervecería nocturna donde se hallaba la antigua doncella de su Alteza, para vol-

ver a salir después y terminar en medio de una calle, es decir, allí donde la princesa subió a un coche de punto. Entonces el perro se vería despistado y su excelencia más despistado todavía, además de corrido por su primer fracaso en su primera investigación detectivesca.

Cruzaron todas las calles de la

ciudad, el perro delante y tras el perro, sujetándolo por la cadena, el grave jefe de ceremonias. Detrás de su excelencia, y mucho más tieso y grave todavía, un criado con lujosa librea.

Naturalmente, esta breve pero singular comitiva iba llamando la atención de todos los transeúntes.

VI

Cuando la condesa llegó a la cervercería, la antigua doncella de la princesa Cristina se apercibió para defender a la princesa, adivinando el motivo de la visita.

—¿Has visto a la princesa? — comenzó por preguntar la dama.

—No, señora condesa. No la he visto.

Y añadió para reforzar su papel de ignorante:

—¿Acaso tenía que venir aquí?

—¡Catastrófico! — exclamó la condesa—. ¡Esto es horrible! ¿Qué pasará, Dios mío?

—¿Qué le sucede a la señora condesa?

—Lo peor que me podía suceder.

—¿Se trata de su Alteza?

—Sí.

—¿Le ha ocurrido algo?

—Sin duda.

—Desearía poder ayudar a la señora condesa.

—La única ayuda que puedes prestarme es darme en seguida una copita de aquel licor tan exquisito que tú tienes. Ya no me quedan fuerzas ni para hablar.

María se apresuró a servirle una botella de las que la condesa tenía ocultas en los jarrones de palacio.

La condesa apuró una copa y en seguida encontró los perdidos ánimos.

Entonces pudo explicar a María todo lo ocurrido.

—Estoy segura de que a su Alteza no le ha sucedido nada.

—¡Ojalá fuera así!—suspiró la condesa volviendo a llenar la copa.

—Tenga la seguridad la señora condesa de que su Alteza se ha ido de palacio sólo para dar un paseo. Ha de comprender usted que es joven y ama la libertad como cualquier muchacha de sus años.

—Cualquier muchacha de sus años desearía tener la posición que ella tiene.

—Bien sabe la señora condesa que eso va en caracteres.

—Sin duda. Pero hace falta tener un carácter muy particular para ser una princesa y conducirse como una modistilla. En fin, lo prin-

cipal es que no le haya ocurrido nada.

—De eso puede estar segura la señora condesa.

—Tus palabras me reconfortan, María.

Y al apurar la segunda copa, saboreándola largamente, exclamó:

—La verdad es que este licor es exquisito.

—No tiene rival.

—Por cierto que se me está acabando.

—En previsión de ello, tengo reservadas dos botellas para la señora condesa.

—¡Oh, María! Eres un ángel previsor.

Y así como antes bebió para borrar la amargura que ensombrecía su espíritu, ahora llenó la copa para celebrar la alegría que resplandecía en su alma.

Y sucedió que esta alegría fué en aumento.

—¿Qué hacen ahí esos instrumentos, María?—inquirió la condesa señalando el estrado de la orquesta.

—Ahora nada, señora condesa... Por la noche los tocan los músicos.

—¡Qué lástima que no toquen ahora! Después de la alegría que

me has dado no me vendría mal un poquito de música.

—Si la señora condesa lo desea —dijo María pensando en la propina—, podemos intentar que se levante el pianista, que vive en el segundo piso de esta misma casa.

—¡Es una gran idea!

—Voy a avisarlo en seguida.

El pianista se negó a levantarse cuando recibió el recado de María, pero al enterarse de que se trataba de una señora de mucha "pasta", como dijo la camarera, saltó de la cama y se vistió en un dos por tres.

A los cinco minutos ya estaba dando un concierto a la condesa, que cada vez se alegraba más con aquella mezcla de música de cabaret y de licor especial.

Y en esta situación la sorprendió su excelencia, que llegó con el perrito adonde éste le condujo.

—¡Condesa! — exclamó estupefacto.

—Llega usted oportunamente, excelencia. Siéntese y pruebe el licor de la vida.

—Creo que será más prudente buscar a su Alteza.

—No se preocupe usted, que no le ha pasado nada.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque me lo ha dicho María.

—¿Y cómo lo sabe María?

—Porque lo supone... La juventud, los anhelos de libertad...

—Condesa, usted no sabe lo que ha sucedido.

—¿Qué ha sucedido?

—Que a palacio ha llegado Zuzi solo.

—¿Y qué quiere decirme con eso?

—Pues que sin duda a la princesa le ha ocurrido algo. Ha salido con el perro y vuelve el perro solo. ¿No es esto bastante significativo?

La condesa se puso en pie de un salto. Toda la perturbación espiritual que "el licor de la vida" le había producido se desvaneció como por encanto ante la sospecha de que su Alteza pudiera haber sido víctima de algún accidente.

—¿Y qué podemos hacer?

Entonces su excelencia le explicó el procedimiento que había seguido para llegar hasta la cervecería y opinó que sería un desatino continuar por el mismo sistema la busca de la princesa.

—Desde luego hay que buscarla, excelencia, pero el sistema del pe-

rrito me parece poco serio. ¿Qué dirá la gente?

—Ni más ni menos que lo que ha dicho al verme a mí. Todos se paraban a mirarme. Pero estoy seguro que el que llamaba la atención era el criado que venía detrás de mí.

—¿Un criado también?

—Le he hecho venir en previsión de que el perro pudiera escaparse.

—¡Qué locura! Ha puesto usted en evidencia a toda la corte. Yo, al menos, he tenido la precaución de hacer regresar a palacio al coche para que no lo vieran parado ante una cervecería. ¿Y dónde está el criado?

—A la puerta.

—Excelencia, ha cometido usted un ligereza imperdonable. Tomemos un taxi y regresemos a palacio antes de que se enteren de nuestras grotescas correrías.

—¿Sin buscar a su Alteza?

—Su Alteza, a lo mejor, estará ya en palacio riéndose de nosotros.

Y la dama llamó a María y habló aparte con ella para que le mandara, con la acostumbrada discreción, las dos botellas del exquisito "licor de la vida" y para poner en sus manos unos billetes por los buenos servicios que le había prestado.

Y fué la misma María la encargada de ir a buscar el taxi que los condujera, en unión del criado, al palacio real.

Entraron por la puerta trasera, para llamar menos la atención.

¿Qué dirían sus Majestades si se enteraban de que se habían lanzado por las calles de la ciudad haciendo el detective?

Y cuando por fin llegaron a las habitaciones de su Alteza, respiraron al comprobar que nadie se había enterado de nada.

Al mismo tiempo, la inquietud se apoderó de ellos al darse cuenta de que la princesa no había regresado.

VII

Entretanto, la princesa charlaba animadamente con el desconocido del coche.

Habían terminado por simpatizar profundamente, después de las leves diferencias surgidas entre ellos como consecuencia de la actitud reconcentrada—y estudiada—de él.

Naturalmente, el desconocido estaba muy lejos de sospechar que la linda muchacha que había encontrado en su coche fuera nada menos que la princesa Cristina.

Ni sabía quién era ni tenía mucho interés en averiguarlo. Le bastaba saber cómo era.

—¡Qué preciosidad de muchacha! — se iba diciendo—. Una mujercita así necesito yo y no la vieja solterona que quieren “colocarme”

mis padres. No la conozco, pero estoy seguro de que será una vieja solterona. Por eso no he ido esta mañana a verla, cuando, sin duda, me esperaban. Le daré cualquier excusa. Y si la acepta, bien; y, si no la acepta, mejor todavía, porque así habremos levantado entre nosotros una barrera infranqueable y los planes matrimoniales quedarán deshechos.

Al mismo tiempo que estos pensamientos le absorbían, contemplaba a la preciosa rubia, y de la contemplación surgió esta nueva cadena de reflexiones:

—¡Cuidado que es bonita! Estaría un día entero buscándole los defectos y no se los encontraría. ¡Qué gracia en los movimientos!... ¡Qué

voz tan encantadora! ¡Qué ojos! ¡Qué boca! ¡Qué cutis! Y de lo demás, no hablemos. Son cosas que no se pueden analizar sin exponerse a cometer uno una imprudencia.

Tampoco permanecía inactivo el pensamiento de la princesa.

—Un hombre así—se decía—es el único que podría arrancarme la promesa de matrimonio. Es simpático y elegante, correcto sin llegar a la adulación empalagosa y sencillo y franco sin llegar a la rudeza...

Si fuera mi novio, menudo disgusto iban a llevarse en la corte cuando yo dijera de él lo que María dijo de su Pablo... ¡Pero no! ¡Qué locura! ¡Hay cosas que no las pueden decir todas las mujeres! Sería demasiado fuerte. Yo me limitaría a decir que nos adorábamos y que habíamos decidido casarnos por encima de todo. La condesa se desmayaría. ¡Una princesa enamorada de...! ¿De quién? ¿Quién es este hombre? No sé quién es ni lo que es. Voy a ver si logro sonsacarlo con habilidad.

Y preguntó, interrumpiendo sus meditaciones:

—¿Tiene usted parientes en Viena?

—¿Parientes? Pues... no.

—¿Ni siquiera uno?

—Ni siquiera medio. Tengo algún primo lejano.

—¿De esos que ni son primos ni son nada?

—No. Quiero decir que está muy lejos. Ahora debe andar por Alaska.

—Pues sí que ha elegido un lugar para vivir.

—No es que viva en Alaska, sino que ha ido allí para hacer investigaciones, a las que es muy aficionado.

—¡Ah! ¿Usted no ha ido nunca a Alaska?

—No, señorita.

—¿Se lo impiden sus ocupaciones?

—No, señorita.

—Entonces, ¿qué es lo que se lo impide?

—Nada, señorita.

—¿Es eso todo lo que sabe decir?

—No, señorita.

—Perdone que le diga que es usted bastante soso.

Y en vista de que no había medio de arrancar al desconocido una sola palabra acerca de su condición y procedencia, calló.

El coche seguía avanzando sin rumbo fijo.

VIII

—¡Qué mal tapizado está este coche! — exclamó la princesa—. ¿Es suyo?

—No, señorita. Lo he alquilado para una semana. Lo único mío es el cochero.

—¿Ese viejo que apenas puede con su alma?

—Viejo, pero honrado y fiel.

—Es raro que tenga usted cochero sin tener coche.

—Es cochero y criado, todo en una pieza.

—¡Ah!

—Un buen hombre.

—Lo que hace falta es que sea un buen criado.

—Si tantos defectos encuentra aquí, ¿por qué ha subido?

—Ya se lo he dicho antes. Este

coche me ha servido para despistar a mis perseguidores.

—Menos mal que le ha servido para algo, a pesar de estar tapizado tan lamentablemente.

—Eso es aparte. Puesto en el plan de alquilar un coche, podía usted haberlo elegido un poco mejor.

—Y un poco más caro.

—¿Tan pobre es usted?

—Tanto como usted.

—¿Y usted qué sabe si yo lo soy?

El joven se echó a reír.

—Sin duda—dijo irónicamente,

—usted está acostumbrada a ir en coches reales.

La princesa repuso en el mismo tono burlón:

—¡Por supuesto!

—Y tendrá veinte criados a sus órdenes.

Su Alteza dijo en son de lamento:

—¡Si fueran sólo veinte!

El joven siguió lo que él creía una broma:

—Lo menos deben de ser cuarenta, ¿verdad?

—O cincuenta.

—Y, además, otras tantas doncellas.

—Una plaga de doncellas.

—Y una dama de honor.

—¡Y un jefe de ceremonias!

—Y todos le llaman Alteza.

—Y se inclinan hasta casi tocar el suelo con la frente.

—Debe de ser horrible.

—No lo sabe usted bien.

—Entonces entremos en palacio. Mire usted qué cerca estamos de él.

La princesa miró por la ventanilla y vió que el coche paraba ante el palacio real.

Se estremeció.

—¡No, no! —exclamó aterrada.

—Dígale al cochero que se aleje de aquí.

El joven se echó a reír.

—Merecía usted que la hiciera bajar a la fuerza, para hacerle de-

cir en palacio que suplantaba usted a la princesa. La detendrían y le serviría de escarmiento.

Pero el coche había dejado atrás el palacio real.

Respiró la princesa.

—¿Adónde va usted? — preguntó con una sonrisa.

—Pues... ¡siempre adelante!

—¿Qué ocupación es la suya, que le permite pasear durante horas y horas?

—Dura pregunta, señorita.

—Bien se ve que es usted un tenorio callejero.

—¿Por qué?

—Porque quiere ocultar todo lo que se refiere a su persona.

—Gracias por el concepto que tiene de mí. ¿Cree realmente que tengo condiciones de seductor? ¿Acaso ha caído usted en mis redes?

La princesa se echó a reír.

—¡Qué más quisiera usted!

—¿Se considera superior a las demás?

—No me gusta hacer comparaciones. Lo único que puedo decirle es que no soy un pájaro para caer en las redes de nadie.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Porque me va usted gustando.

—Me gusta su franqueza.

—Menos mal que hay aquí algo que le guste.

—Sin embargo, para otras cosas, no es usted franco.

—¿A qué se refiere?

—A que le he preguntado qué ocupación tiene usted y no ha querido contestarme.

—¿Tiene mucho interés en saber en qué me ocupo?

—Siempre nos gusta saber con quién tratamos.

—Entonces empiece usted por decirme quién es.

—Buen argumento defensivo. Pero yo le aseguro que deduciré quién es usted.

—¡Ah! ¿Sí?

—Ya lo creo.

—¿Por el método Conan Doyle?

—Ni más ni menos.

—Veamos hasta dónde llega su poder deductivo.

—Veamos.

—¿Qué soy yo? ¿Recaudador de contribuciones?

—Nada de eso.

—Por ahora, acierta.

—Usted tiene algún empleo que le deja el día libre. De modo que trabaja usted por la noche.

—A lo mejor, soy vigilante.

—Le concedo que sea usted músico.

—¿Músico? Gracias. Me halaga que me considere usted un artista.

—Debe de tocar algún instrumento en un cabaret.

—¡Qué decepción!

—¿Me he equivocado?

—Sí.

—Sin embargo, los músicos de cabaret sólo trabajan de noche.

—A pesar de ello, no soy músico de cabaret.

—Entonces será usted... catedrático.

—Los catedráticos no dan clase de noche.

—Pero faltan a la cátedra cuando les viene en gana.

—Sin embargo, no soy catedrático.

—Usted quiere despistarme.

—Le doy mi palabra de que si realmente acierta usted, le confesaré que ha acertado.

—¿Palabra?

—Palabra.

—Entonces, usted es... ¡diplomático!

—No, señorita.

—¿Caliente o frío?

—Se está usted quemando.

—¿Más que diplomático o menos que diplomático?

—Habilidades, no. Si se lo digo yo, ¿qué mérito puede tener que usted lo acierte?

—Perfectamente. Lo acertaré.

Y en el interior del coche se hizo un profundo silencio.

La princesa estaba pensativa...
¿Qué demonios podría ser aquel joven?

Y el vehículo de alquiler, tan lamentablemente tapizado a juicio de la princesa, seguía rodando por las calles de Viena...

IX

La princesa miraba de reojo a su acompañante.

Buscaba el indicio del que poder extraer una firme deducción.

Por fin encontró algo más que un indicio. Una tarjeta asomaba por detrás del pico del pañuelo en el bolsillo superior de la americana de su misterioso acompañante.

Sin vacilar, sin pensarlo siquiera, la princesa alargó el brazo y extrajo la tarjeta, sin que el joven lo pudiera evitar.

—¡Ahora voy a saber quién es usted!—exclamó alegremente.

—¡Qué le vamos a hacer!—repuso el joven con un gesto de resignación.

Y la princesa leyó la tarjeta.

Teniente Brand.

—¡Me lo figuraba!—dijo después.

—¿Qué es lo que se figuraba?

—Que era usted militar.

—Entonces ¿por qué no lo dijo?

—Lo iba a decir cuando he visto la tarjeta.

—¡Qué casualidad!

—¿Lo duda?

—Yo no dudo nada.

—¿Le sabe mal que le haya descubierto?

—En absoluto.

—¿Acaso es usted teniente retirado?

—No.

—¿En activo?

—A veces soy un hombre activo. Otras, no.

El tono evasivo de la respuesta hizo sonreír a la princesa.

—Ahora es inútil que siga usted disimulando. Ya le he descubierto.

—¿Quiere usted que dejemos ese asunto?

—¿Por qué?

—Porque es poco interesante, ¿no le parece?

—Tal vez tenga usted razón.

—Es como si nos pusiéramos a hablar del tiempo.

—Sería una falta de ingenio por su parte.

—Usted lo ha dicho.

—¿Qué otro tema va usted a sacar a relucir?

—Uno que para mí va a ser sumamente agradable.

—¿Y para mí?

—¡Ojalá lo fuera!

—Me tiene usted intrigada.

—Pues el tema que voy a sacar a relucir es el... sentimental y amoroso.

La princesa se sintió íntimamente halagada, pero se puso en guardia al comprobar la mirada de ternura que su acompañante le dirigía.

—¡Cuidado, amigo mío! Es un tema que se presta a deslizamientos.

—Procuraré deslizarme lo menos posible.

—Será lo mejor.

Y como la princesa decía esto, no con enfado, ni siquiera con gravedad, sino sonriendo amablemente, el joven, mientras hacía promesas de prudencia, había tendido su mano para coger la de la princesa.

—¡Vaya un modo de cumplir lo prometido! — dijo ésta retirando la mano.

—Me parece que extrema usted la nota.

—Bueno, veamos cuál es ese tema tan interesante que usted tiene en su pensamiento.

—Quiero decirle simplemente que no es necesario que nos conoz-

camos. ¿Qué le importa a usted quién pueda ser yo?

—Ahora ya no me importa, porque lo sé.

—Perfectamente, pero yo no sé quién es usted y me guardaré mucho de preguntárselo.

—¿Pretende darme una lección?

—Nada de eso. Sólo pretendo demostrarle que lo de menos es que sea usted esto o lo otro y que se llame usted de este modo o de aquel. A mí me tiene absolutamente sin cuidado. Veo cómo es usted y eso me basta. Veo que usted es una muchacha encantadora, veo que tiene usted unos ojos como yo no los he visto en la vida, veo su sonrisa que me hace soñar como no había soñado hacía mucho tiempo, veo que sería capaz de hacer por usted todo cuanto me pidiera.

Se había ido poniendo serio conforme hablaba y lo mismo le había pasado a la princesa, que primero le escuchaba con una sonrisa sencillamente alegre y ahora le contemplaba con una mirada en la que en vano trataba de disimular su profunda emoción.

Muy acostumbrada estaba a oír palabras amables, pero ¡era tan di-

ferente aquella amabilidad con que el joven la estaba embriagando!...

Y aquella voz, y aquel modo de mirar tan dulce y repetuoso al mismo tiempo y aquel...

—¡Cuidado, teniente Brand! — dijo sobreponiéndose de pronto a la emoción que experimentaba y hurtando el cuerpo al brazo del vehemente oficial que había pretendido rodear su talle.

—¿Sabe usted que estoy hablando en serio?—inquirió el joven en un tono en el que había algo de súplica.

—No tengo por qué dudarle.

—Entonces sea usted un poco generosa conmigo y permítame que desahogue mi espíritu de una emoción nueva y honda que usted ha despertado en él cuando llevaba ya mucho tiempo dormido... Sí, mucho tiempo dormido. He de confesarle que me sentía sumamente aburrido y que la vida no tenía para mí ningún estímulo capaz de levantar mi corazón. Hoy, de súbito, todo ha cambiado para mí. La vida ya tiene un motivo. La tendré a usted siempre presente y no podré aburrirme porque la contemplaré y la adoraré en todo momento. Si usted no me permite que la vuelva a ver,

la veré con los ojos de la imaginación, donde ha quedado usted grabada de modo indeleble, donde siempre sentiré el influjo delicioso y embriagador de su mirada, de su sonrisa, de su perfumado aliento...

Ella le escuchaba en silencio, profundamente cautivada. No había tenido fuerzas para oponerse al movimiento con que él le rodeó el talle con su brazo.

Estuvo a punto de decir:

—Yo también te amo.

Pero se dió cuenta a tiempo del peligro en que se hallaba y reaccionó mediante un esfuerzo inaudito de toda su voluntad.

—¡Basta! — dijo con firmeza—. Que pare el coche. Tengo que bajar.

—No se vaya usted sin decirme cuándo nos volveremos a ver.

—Ahora no puedo decirle nada. Tal vez otro día...

—Pero ¿cuándo?

Y al ver la vehemencia que se reflejaba en los ojos del teniente, la misma princesa ordenó al cochero detuviera el coche y bajó.

Estaban en las afueras. A la princesa le bastó una mirada a su alrededor para comprender que no estaba muy lejos de los jardines del palacio real.

Entonces dijo, tendiendo la mano al teniente Brand:

—Adiós. Prométame usted que no intentará seguirme.

—Sólo exigencias he recibido por su parte.

—Yo no exijo nada: ruego.

—Es que los ruegos de usted son para mí órdenes.

—Bástele por ahora con saber que le recordaré con agrado.

—Puesto que usted lo quiere, sea.

Oprimió suave y largamente la mano de la princesa.

—Adiós.

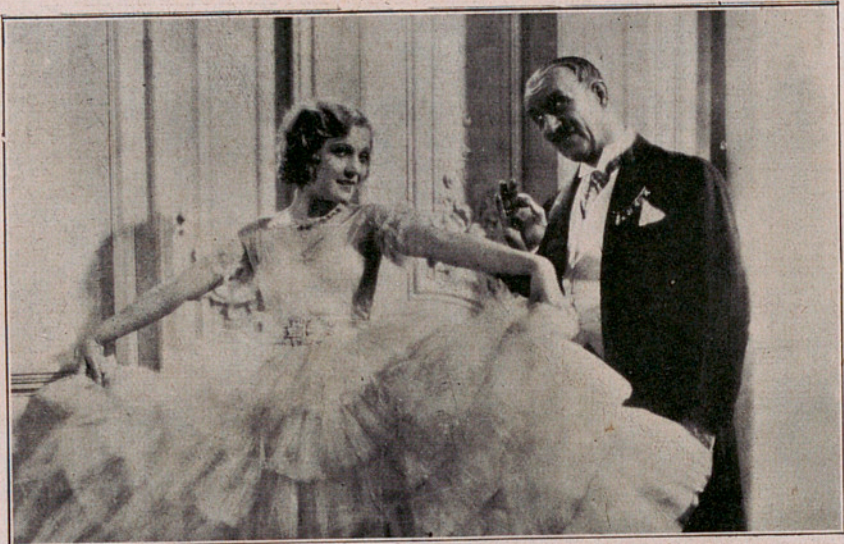
—Adiós.



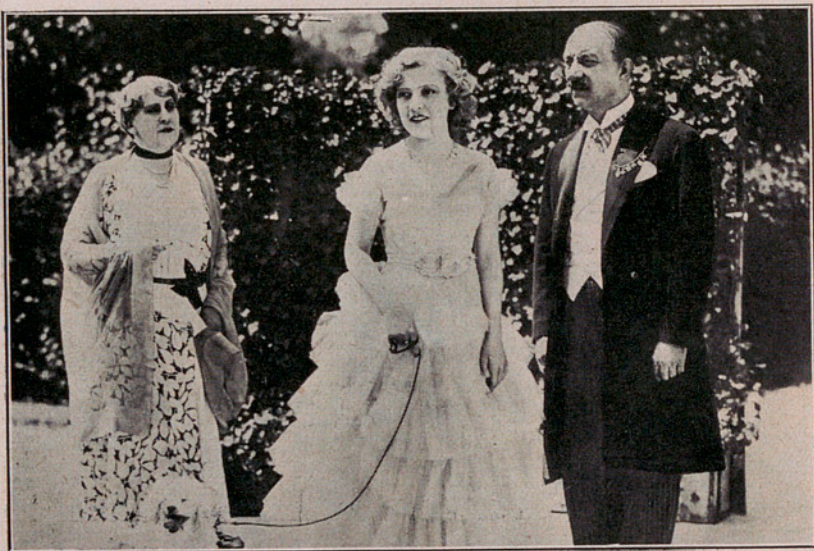
—¿Qué demonio están tramando contra mí?



... se habían multiplicado hasta lo insoportable las atenciones que la princesa recibía...



—Nuestros invitados están impacientes por veros...



Y salieron al jardín...



... los tambores comenzaron a repicar mientras la joven pasaba ante la guardia...

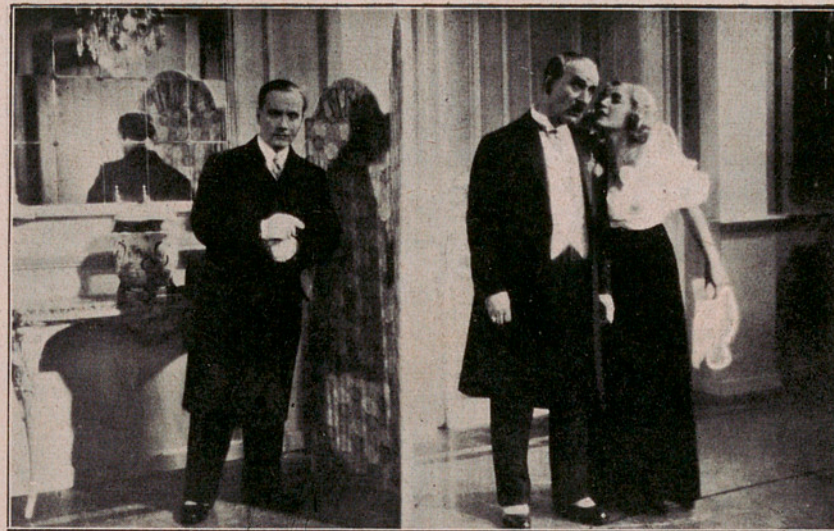


—Alteza, voy a leeros el programa para mañana...

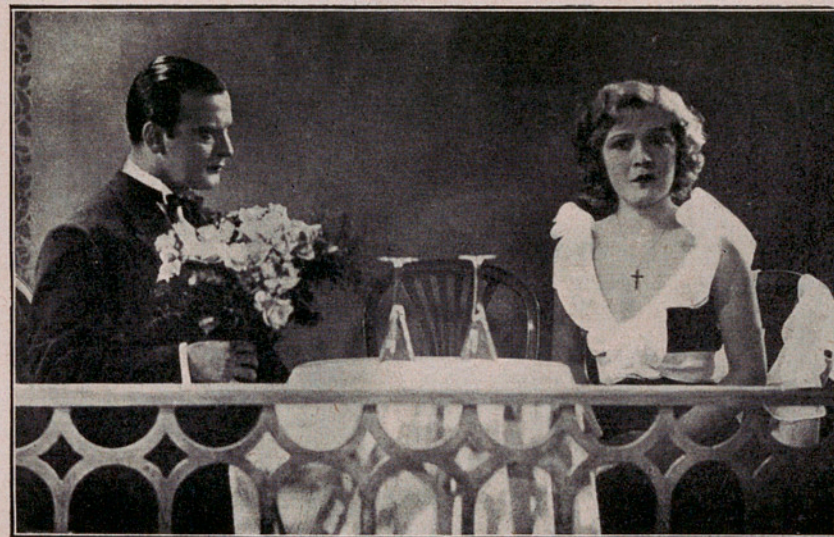
—¿Puede enamorarse algún hombre de mí?



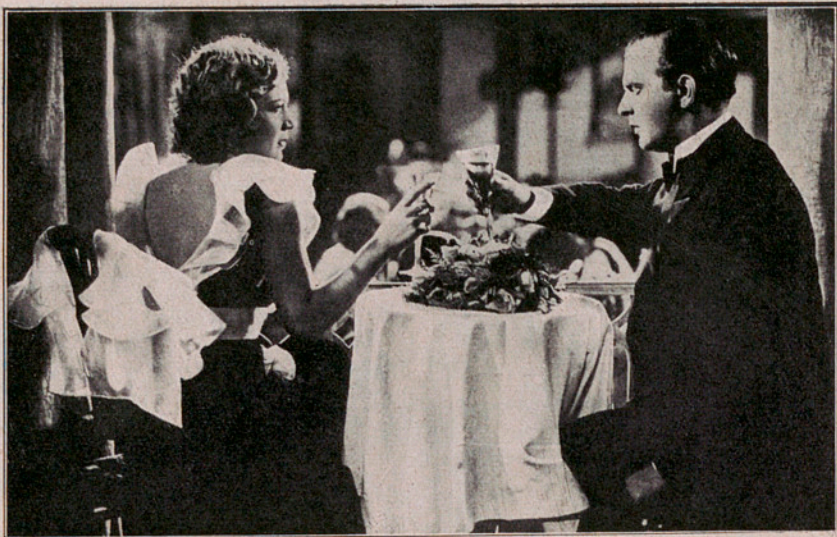
—Te andan buscando por todas partes...



—Puede usted guardar a su príncipe en conserva.



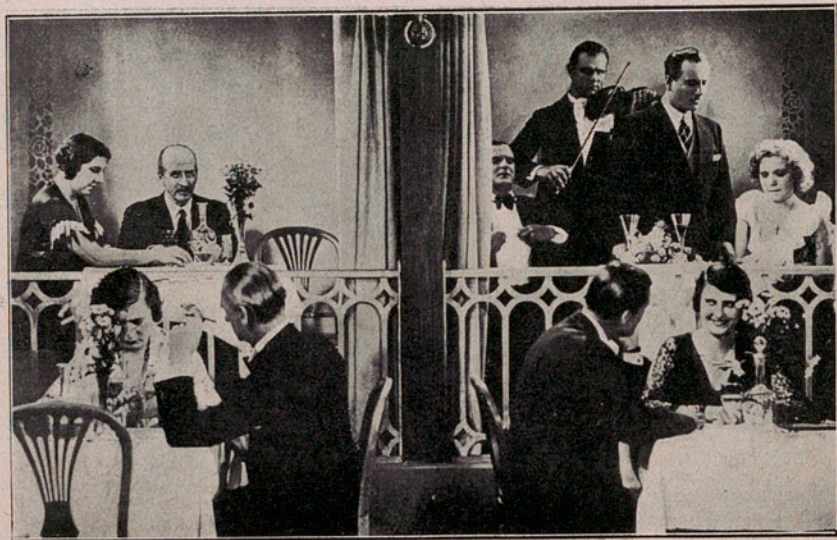
—Y yo puedo asegurar que no es usted el teniente Brand.



—Por invitación de la princesa, brindaron...



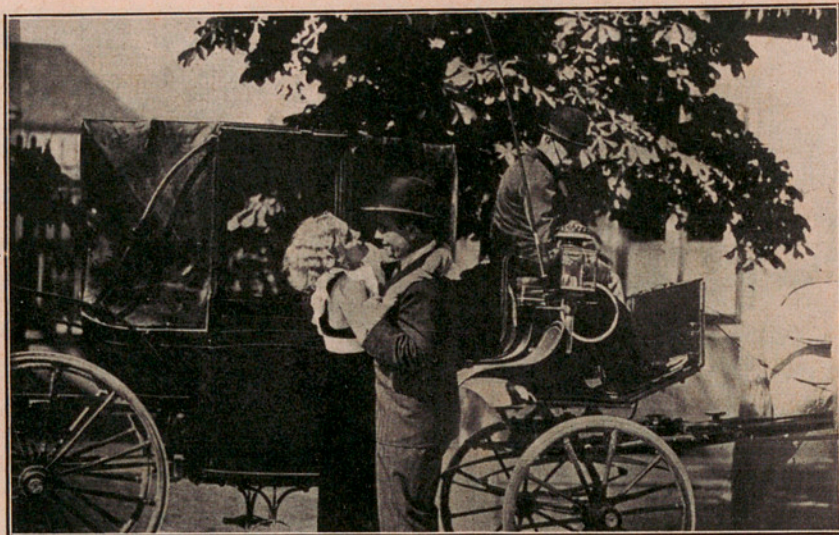
... le propuso Brand que se fueran a terminar de pasar la noche al parque de atracciones.



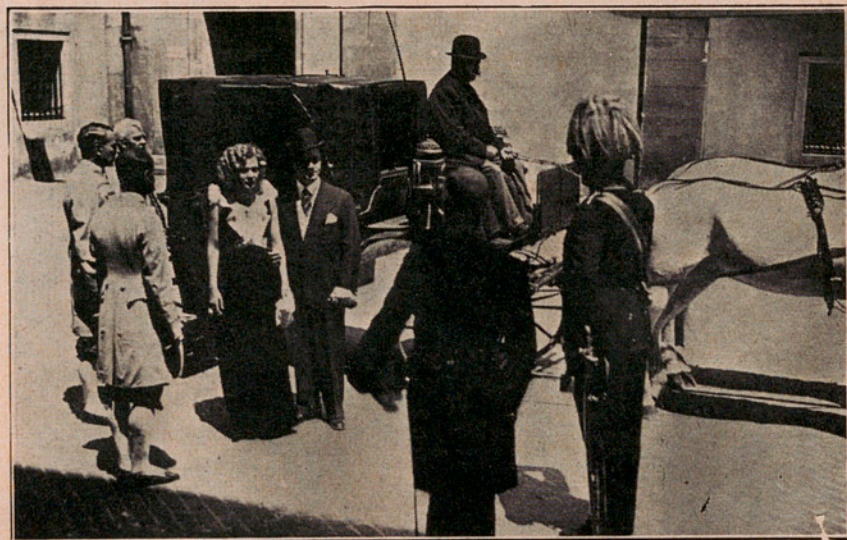
... entró en el palco un músico tocando el violín y, tras él, el príncipe cantando.



... El príncipe tomó los billetes...



— ¡Me voy contigo! — exclamó.



—El príncipe de Limburg va a presentar a su novia al emperador.

X

Echó a correr alegremente la princesa en dirección a los jardines de palacio, a campo traviesa.

Se volvió varias veces para comprobar que el coche había arrancado y se alejaba en dirección distinta.

Y confiadamente tomó el camino que había de llevarla a los soberbios jardines.

El teniente Brand, que, aunque con disimulo, la miraba alejarse, mandó detener el coche cuando comprendió que ella no le podía ver y echó a correr siguiéndole la pista.

Para no ser visto se ocultaba en los árboles y en todos los obstáculos que el frondoso paraje le ofrecía.

Le extrañó verla entrar en los jardines de palacio.

La graciosa joven corría y saltaba alegremente. Nadie se oponía a su paso. Por el contrario, vió que uno de los centinelas se cuadraba.

¿Estaba viendo visiones?

Se internó por los jardines siguiéndole la pista. Tan absorto estaba en la contemplación de la princesa, que no se dió cuenta de que dos hombres estaban ante él.

—¿Qué hace usted aquí?— preguntó uno de ellos con voz áspera.

El teniente se estremeció.

—¡Caramba! ¡Qué susto me han dado ustedes!

Entonces los dos hombres le mostraron la insignia de la policía, y

el que antes había hablado dijo con mayor aspereza aún:

—Está prohibido entrar en los jardines de palacio. Váyase si no quiere usted ser detenido.

—Está bien. Ustedes dispensen.

Y se marchó, pero fué para dar un rodeo e internarse por otro camino que le condujo a la puerta trasera de palacio.

Entonces vió que la para él misteriosa muchacha subía la escalinata sin preocuparse de la guardia que estaba formada en la explanada que se extendía ante la puerta.

El oficial dió una voz. Todos los soldados se cuadraron y los tambores comenzaron a repicar mientras la joven pasaba ante la guardia, sin conmoverse lo más mínimo, como

si estuviera muy acostumbrada a aquellos honores.

¿Quién sería aquella mujer?

No. El no se marcharía sin averiguarlo.

Y, decididamente, se acercó a uno de los centinelas y le preguntó:

—¿Puede usted decirme quién es aquella señorita?

—¿Aquella que ahora entra en el palacio?

—Sí.

—Pues la princesa Cristina.

—¿La princesa Cristina?

Y se quedó estupefacto, boquiabierto.

Cuando se repuso de la emoción, dió las gracias al centinela y se alejó repitiéndose:

—La princesa Cristina... La princesa Cristina...

* * *

Cuando la princesa Cristina entró en sus habitaciones, la condesa estuvo a punto de romper a llorar de alegría.

—¡Oh, Alteza! ¡Qué susto nos habéis dado!

—¿Quién es el otro que se ha asustado?

—Su excelencia.

—Pues dígame que no hay motivo para asustarse. ¿Soy yo la única mujer que va sola por las calles de la ciudad?

—Sois una princesa.

—¿Acaso una princesa no es una mujer? Es lo único que me faltaba oír.

—Bien sabéis lo que quiero decir, Alteza.

—Lo que sé es que no estoy para serenatas.

Entró en este momento el jefe de ceremonias.

Estaba muy serio y llevaba en la mano un gran libro.

—Alteza, voy a leeros el programa para mañana.

—No se moleste. Ya me lo leerá otro rato.

—Son órdenes superiores, Alteza.

—Está bien, viejo regañón. Lea usted lo que quiera.

Y el jefe de ceremonias leyó:

A las ocho vendrán las damas de honor. A las nueve, lección de canto. A las diez, recepción del príncipe de Limburg.

La princesa, que hasta aquí había escuchado la lectura con un silencio entre respetuoso e indiferen-

te, al oír nombrar al príncipe de Limburg cambió radicalmente de actitud y exclamó:

—Es un programa muy bonito, pero no podré asistir.

—¿Por qué, princesa?

—Porque mañana estaré enferma.

—¡Oh, Alteza!

—Lo que usted oye. Estaré en cama con 41 grados de fiebre. Y si le parecen pocos grados, puede usted añadir dos o tres más...

—Alteza...

—Sobre todo a ese príncipe de Limburg no puedo recibirle de ningún modo.

—¿Puede explicarnos su Alteza por qué?

—Sí.

Y cogiendo de un brazo al jefe de ceremonias, le preguntó:

—Dígame, excelencia. Usted, como es hombre, podrá juzgarlo.

—¿Qué es lo que puedo juzgar?

—¿Puede enamorarse algún hombre de mí?

Su excelencia sonrió admirativamente.

—¡Ya lo creo! Opino que su Alteza es sencillamente arrebatadora.

—Entonces ¿no ve usted el peli-

gro de que el príncipe se enamore de mí?

—¡Pero si es eso de lo que se trata!...

—Pues eso es lo que no puede ser.

—¡Alteza!...

—No puede ser y no puede ser.

—¿Cuál es el inconveniente?

—¿Quieren ustedes saberlo?

—Lo estamos deseando.

—Pues que amo a otro hombre. Estas palabras cayeron como una bomba en el ánimo de la condesa y del jefe de ceremonias.

—¡Catastrófico! — exclamó su excelencia.

—¡Me siento morir!—gimió la dama.

XI

—¡Una aspirina! ¡Pronto!—demandó su excelencia al ver el estado en que la condesa se hallaba.

—No, aspirina no.

—Entonces un sello.

—Tampoco.

Su excelencia comprendió que lo que la condesa necesitaba era una copita del "licor de la vida". Pero

estando la princesa delante no era posible dársela.

Su Alteza resolvió la cuestión en dos palabras:

—¡Ni aspirinas ni sellos podrán evitar que yo ame al hombre que adoro!

—¿Lo oye usted, condesa?—inquirió su excelencia—. Todo es in-

útil. De modo que no hace falta que se desmaye.

—¡Espantosa situación! — exclamó la condesa reanimándose súbitamente.

—Pero ¿de quién se trata? — inquirió el jefe de ceremonias.

—No lo puedo decir. Lo echarían ustedes del ejército.

—¿Un oficial? —exclamó la condesa—. ¿Y con un oficial habéis estado hasta ahora?

—Tantas veces hemos paseado juntos...

—¿A pie?

—Y en tranvía.

—¡Horror! ¡Una princesa en tranvía y con un tenientillo!

—Haga el favor de no dar a mi amado nombres despectivos —protestó la princesa.

—Permitidme que os diga, Alteza, que esto pasa de la raya. Habré de contarle a su Majestad.

—Se lo puede usted contar a quien quiera. No me importa que lo sepa todo el mundo. Le amo y seremos el uno para el otro cueste lo que cueste.

Entonces el jefe de ceremonias guiñó el ojo a la condesa, como si quisiera decirle que había que usar

otros procedimientos, ya que con la energía no iban a ninguna parte.

Y muy sonriente, preguntó a la princesa:

—¿Cómo se llama ese afortunado oficial?

—¿Cree usted que soy tonta?

—¡Qué cosas decís, Alteza!

—Naturalmente. Usted quiere que yo le diga el nombre para que lo fusilen y quitárselo de en medio.

—Yo sólo deseo ayudar a su Alteza. ¿Acaso duda su Alteza de mi afecto?

—¿De veras no le harán ustedes nada malo?

—De verdad.

—Pues entonces voy a decirlo... Pues se llama... se llama...

Y entonces se dió cuenta de que se le había olvidado el nombre... ¡Vaya un compromiso! Se darían cuenta de que todo era una farsa. Y entonces sí que no se libraría de tener que recibir al príncipe de Limburg.

Y como bien pensado, no podía decirse que la farsa fuera completa, pues había conocido a un teniente y le profesaba una viva simpatía, la princesa se dijo que era neces-

rio recurrir a todo antes que consentir se llevara a cabo el compromiso que había de unirla a un hombre al que no amaba, como era el príncipe de Limburg.

--Si no nos dice su nombre, no

le podremos ayudar—dijo su excelencia.

Entonces recordó la princesa que se había guardado la tarjeta del teniente en el bolso, la sacó con disimulo y dijo:

—Pues es... el teniente Brand.

* * *

El asistente estaba cepillando el uniforme de su teniente.

Llamaron a la puerta.

—¡Qué ganas de molestar! — exclamó el ordenanza levantándose.

Y fué a abrir la puerta.

La entreabrió solamente y preguntó:

—¿Quién es?

La puerta se abrió violentamente, empujada por una dama, guapa, escultural y bastante pintada.

—¿Qué desea usted? — preguntó el asistente.

—¿A usted qué le importa?

Y se fué derechamente a una

puerta que comunicaba con otra habitación.

El ordenanza, de un salto, se plantó ante ella.

—¡Tengo orden de no dejar entrar a nadie!—dijo con energía.

—Pero eso no reza conmigo, estúpido... A todo esto, ¿quién es usted, que nunca le he visto aquí?

—Soy el nuevo asistente del teniente Brand.

—Bien se ve que es usted nuevo y que no sabe que esta casa está siempre abierta para mí. Y si no estuviera abierta, echaría la puerta abajo.

El tono en que hablaba inquietó al asistente. En seguida se dió perfecta cuenta de que aquella real moza era una de esas mujeres que la gente suele llamar "bravías".

Por eso no se atrevió a decir nada cuando la joven abrió el cuarto de su teniente y entró como Pedro por su casa.

El asistente se limitó a entrar detrás de ella.

El teniente Brand dormía profundamente.

Pero ¿quién era el teniente Brand? Desde luego, no era el joven que la princesa había conocido. Era otro. Se comprendía fácilmente que el verdadero teniente Brand era éste y que el joven que su Alteza había conocido no tenía nada que ver con él. ¿Por qué llevaba la tarjeta de Brand encima? Eso acaso no lo sabía ni el mismo amigo de la princesa.

¿Quién era éste, entonces? Misterio. Desde luego, alguien que deseaba ocultar su nombre, puesto que como se dice vulgarmente, "se hizo el tonto" cuando la princesa le tomó por el teniente Brand.

El oficial era un dormilón de marca mayor.

Su amante, pues aquella bravía

joven lo era, lo sacudió violentamente, sin conseguir que despegara los ojos.

—¡Es un caso extraordinario el de este hombre! — exclamó la dama—. Se pasa las veinticuatro horas del día durmiendo y además no hay medio de despertarlo. ¿No será que tiene la encefalitis letárgica?

—Si tuviera esa enfermedad tan tremenda, señorita—dijo el asistente—, no podría ni dormir.

—Bien se ve que no sabe usted lo que es la encefalitis letárgica.

—Y quiera Dios que no lo sepa nunca.

—Bueno, pero ¿cómo despertamos a este hombre?

—Hay un sistema, señorita.

Y llevándose las manos a la boca tocó diana imitando el sonido de una trompeta.

El teniente Brand se sentó en la cama, saludó militarmente y se volvió a acostar.

—¡Nada, que no hay medio de despertarlo!

—Si la señorita quiere correr con la responsabilidad, le pincharemos con una aguja.

—Si le es lo mismo, pínchese usted las narices. ¡Demonio de hombre!

En esta discusión estaban cuando sonó el timbre de la puerta.

Y el asistente se apresuró a ir a ver quién llamaba.

XII

Era un oficial.

—¿Está el teniente Brand?

—El me ha dicho que no está, pero como ya hay una señorita en el cuarto, tanto se me da decirle que sí como que no.

—¡Es un recado urgente, estúpido! Te voy a meter en el calabozo. ¿Está o no está?

La alusión al calabozo decidió al asistente a ser franco.

—Pues sí, mi teniente. Sí que está.

—¿Dónde?

—Aquel es su cuarto.

—¿Qué hace?

—Durmiendo.

—Pues hay que despertarlo.

—Eso es lo difícil.

El oficial sacudió al teniente sin contemplaciones.

—¡Eh! ¡Despierta! ¡Me parece que te quieren fusilar!

Al oír esta palabra, el teniente Brand se despertó instantáneamente y abrió dos ojos de modo que parecían dos platos.

—¿A mí?

—Te andan buscando por todas partes.

—¿Quién?

—Todos tus compañeros. Has de presentarte en palacio inmediatamente.

—¡Qué disparate habrás hecho! —exclamó Fifi, que así se llamaba la amante del teniente Brand.

—Seguramente necesitarán un nuevo general y por eso me llaman —dijo el teniente con arrogancia.

Media hora después entraba el teniente en el palacio real.

Al decir quién era, lo condujeron en seguida a presencia del jefe de ceremonias, obedeciendo órdenes de éste.

Hallábase éste acompañado, como de costumbre, por la condesa.

Cuando le anunciaron el teniente Brand, exclamó dirigiéndose a su amiga:

—Ahí viene.

—A ver cómo se porta usted.

—Usted calle y escuche.

Entró el teniente Brand muy azorado.

—Usted ya sabe de qué se trata —le dijo su excelencia a quemarropa.

—¿Yo?

—Sí, hombre, sí. No disimule. Lo sabemos todo.

—¿Todo? Pues yo no sé nada.

—Dígame, amigo mío—dijo su excelencia en tono amable para inspirarle confianza—. ¿Dónde se encontraron por primera vez?

—No sé de qué me habla, excelencia—dijo el teniente Brand, cada vez más confundido.

Entonces su excelencia se volvió a la condesa y le dijo en voz baja:

—Es un caballero.

Habló de nuevo al teniente:

—Dígame por lo menos dónde estuvieron esta mañana.

—¿Esta mañana?

—Sí, esta mañana.

—Pues si quiere que le diga la verdad, excelencia, ni lo sé ni puedo saberlo.

—¿Por qué?

—Porque estaba completamente borracho.

—¡Por la mañana!— exclamó la condesa llena de estupor, y añadió en voz baja, de modo que sólo su excelencia la podía oír—: Esto es un apache.

—Bueno, hablemos claro —dijo el jefe de ceremonias—. Usted, amigo mío, comprenderá que no puede entrar en la familia imperial.

—Desde luego.

—De modo que será necesario que ese amor que usted siente por la princesa y la princesa por usted, se vaya enfriando poco a poco.

El teniente Brand se quedó como el que ve visiones.

¿De dónde se habría sacado su excelencia que la princesa y él se amaban? ¿Qué había pasado allí? ¿Quién demonios había urdido semejante enredo?

—Haga usted lo que yo le ordene y obtendrá una buena recompensa—dijo su excelencia.

—Estoy a sus órdenes.

El teniente Brand estaba dispuesto a decir que él no conocía ni siquiera de vista a la princesa, pero aquello de la recompensa le hizo callar.

—Sigan las relaciones—continuó el jefe de ceremonias—, pero usted muéstrese con la princesa cada vez más frío. Así llegará a desilusionarla. ¿Me promete que lo hará así?

—Sí, excelencia.

—Hágalo y le recompensaremos. El día que sus relaciones terminen ascenderá usted a capitán.

—¡Oh, muchas gracias, excelencia!

—Y ahora váyase. Esta noche, a las nueve, la princesa le espera en el Salón Praterhof.

—Perfectamente. A las nueve estaré allí.

Y el teniente Brand se marchó más contento que unas pascuas.

Inmediatamente se fué el jefe de ceremonias a poner en conocimiento de la princesa que para aquella noche le habían preparado una entrevista con el teniente Brand en el Salón Praterhof.

Su Alteza se quedó muy asombrada.

—¿Ha estado aquí el teniente Brand?

—No, pero me he entendido con él mediante un mensajero.

Entretanto, el teniente Brand preguntaba a uno de los criados que encontró en la puerta:

—¿Conoce usted a la princesa Cristina?

—Naturalmente.

—¿Qué edad tiene?

—Va a cumplir los veinte años.

—¿Y es bonita?

—Una beldad.

—Me alegro.

—Le advierto que va a casarse con el príncipe de Limburg.

—¡Ah! ¿Sí?

Y entonces creyó comprender el teniente Brand, aunque sólo en parte, el motivo de aquel enredo.

Querían casar a la princesa con el príncipe y ella no quería casarse

con él. Entonces inventó un pretexto y dijo que tenía relaciones con un teniente. De cómo se le ocurrió dar su nombre no tenía la menor idea.

Aun estaba hablando con el criado cuando se detuvo un coche a la puerta y de él bajó el misterioso joven a quien la princesa había tomado por el teniente Brand, por culpa de una tarjeta que sabe Dios cómo había llegado a su bolsillo.

Los centinelas saludaron, redoblaron los tambores y los criados se inclinaron profundamente.

—¿Quién ese ése?—preguntó el teniente Brand.

—El príncipe de Limburg—contestó el criado.

—No vengo en visita oficial, sino particular—dijo el príncipe a su excelencia apenas se encontró con él en las proximidades de las habitaciones de la princesa.

Para explicar este proceder del príncipe diremos antes que él había hecho aquel viaje forzado por sus padres y por el gobierno de su país, que deseaban aquel enlace, así como lo deseaban los padres de la princesa Cristina.

Pero el príncipe de Limburg era un sentimental y estaba dispuesto

a hacer todo lo necesario para que aquella boda no se realizara.

¿Cómo iba a casarse él con una mujer a la que no conocía y que a buen seguro, puesto que tan necesitada de marido estaba, sería una ridícula solterona?

Por eso el príncipe no había asistido a la fiesta que en honor suyo se daba en los jardines de palacio: por eso el sillón destinado a él había permanecido vacío, dando lugar a que lo ocupase el perrito de la princesa, lo que provocó los incidentes que ya conocemos.

Pero al enterarse horas más tarde de que la princesa Cristina era la hermosa joven que había conocido en su coche de modo tan singular, se prometió dar gusto a sus padres y a su gobierno casándose con aquella criatura maravillosa, de la que ya estaba irremisiblemente enamorado.

Por eso no había tenido paciencia de esperar hasta el día siguiente, fecha en que se preparaba su recepción en palacio para presentarle a la princesa y había ido ahora a la real casa.

—¿De modo que viene su Alteza por un asunto particular?—preguntó su excelencia, temiendo que al

príncipe se le antojara conocer a la que iba a ser su prometida.

—Sí; quisiera pedirle un consejo

—Es una misión que me honra, Alteza.

—¿Qué podría regalarle a la princesa? Estoy todo el día dándole vueltas a la imaginación sobre este asunto y cada vez lo veo menos claro.

—Puede estar seguro su Alteza de que cualquier cosa que le regale será recibido por la princesa con entusiasmo.

Pero los ojos del príncipe se fijaban en el magnífico jarro donde la condesa guardaba su preciado licor.

—¡Qué jarro tan hermoso!—dijo el príncipe.

El jefe de ceremonias, muy azorado, sonrió.

—Sí. Es muy bonito.

Y pensaba:

“Si se le ocurriera destaparlo, buena la habríamos hecho.”

—¿Acaso es coleccionista la princesa?—preguntó.

—Sí... Y yo también... Es un jarrón chino.

—¡Realmente es una maravilla!

Y se acercó al jarrón y lo destapó.

El jefe de ceremonias hubiera deseado que la tierra se lo tragara. Pero el príncipe, discreto, hizo como si no hubiera visto nada.

—En la fiesta de mañana le regalaré uno a la princesa.

El jefe de ceremonias aprovechó aquel momento para preparar el terreno.

—El caso es, Alteza, que no sé si la princesa podrá asistir a la fiesta mañana.

—¿Por qué?—preguntó el príncipe sin poder ocultar su emoción.

—Porque está enferma.

Al príncipe le extrañó mucho que estuviera enferma cuando por la mañana le había visto tan contenta y sana.

—¿Algo grave?—indagó.

—No precisamente grave, pero...

—¿Qué enfermedad es?

—Un catarro muy fuerte, tan fuerte que tiene más de cuarenta grados de fiebre.

—Entonces tendremos que aplazar la recepción.

—Por supuesto...

Y el jefe de ceremonial añadió con el único fin de contrarrestar el mal efecto que sus palabras pudieran haber producido al príncipe:

—Si la hubiera visto le habría

dado pena. ¡Tan contenta como estaba la pobrecita pensando en el día de la recepción y ahora cae en el lecho con cuarenta grados de fiebre!

En este momento se oyó la voz encantadora de la princesa que entonaba una de sus alegres canciones y se oyeron sus pasos que se acercaban.

El jefe de ceremonias permaneció inmóvil, incapaz de hacer el menor movimiento. Jamás se había visto en un aprieto tan grande.

Se abrió la puerta del salón y el príncipe, ágilmente, se ocultó tras un parabán antes de que la princesa pudiera verle.

—Hoy estoy contentísima, excelencia—dijo la princesa al entrar.

El jefe de ceremonias se llevó un dedo a los labios.

—Ahí está el príncipe de Limburg—dijo señalando al parabán.

Como había hablado en voz baja, la princesa contestó en el mismo tono, pero no tan bajo que el príncipe no lo pudiera oír.

—Puede usted guardar a su príncipe en conserva.

Y se alejó cantando y saltando alegremente como un pajarillo que acaba de despertar.

El jefe de ceremonias se había quedado de piedra.

Ni siquiera se atrevía a mirar al parabán.

Por fin oyó la voz del príncipe que le decía:

—Si usted guardara a la princesa tan bien como guarda su licor, no habría ocurrido esto.

Y dejó al jefe de ceremonias plantado.

Al salir vió una cara conocida. Era un oficial que había ido a recibirle a la estación a su llegada y que había puesto a su disposición un ayudante, un ayudante al que no había visto todavía, pues sólo había recibido del oficial una tarjeta con el nombre y señas del teniente que se había destinado a su servicio.

—Oiga—le preguntó—. ¿Quién me dijo usted que sería mañana mi ayudante?

—Le di una tarjeta, Alteza. Pero tengo otra.

Y le entregó una tarjeta del teniente Brand.

Al leer aquel nombre, una multitud de recuerdos se agolparon en la mente del príncipe.

Una tarjeta igual le había quita-

do la princesa del bolsillo. Por eso le había tomado por el teniente Brand.

Y ahora resultaba que Brand era su ayudante. ¡Menudo lío! La princesa sería capaz de mandar a

Brand algún aviso creyendo que se lo mandaba a su amigo del coche "mal tapizado" y, a lo mejor, Brand se aprovechaba.

Era preciso ir inmediatamente a entrevistarse con el oficial.

XIV

Fifí entró hecha una furia en casa del teniente Brand.

—¿Dónde está ese sinvergüenza? —preguntó.

—Mi teniente no está—repuso el asistente—. Acaba de salir. Se ha puesto el smoking y está elegantísimo. Ha estado lo menos una hora delante del espejo.

—¡Ah! Es cierto lo que me dicen en el anónimo.

Y encarándose con el asistente, le preguntó:

—¿Sabe usted lo que es un anónimo?

—Sí, señorita: es el lugar de donde parten los aeroplanos.

—¡Qué atrocidad! ¡Usted no sabe nada! Es digno del miserable de su jefe.

Irrumpió en la habitación del teniente Brand y momentos después comenzó a oírse un estrépito ensordecedor, de cacharros que se rompían y otros objetos que danzaban por el suelo y por las paredes.

Como Fifí, al entrar, había cerrado la puerta, el asistente se tuvo que conformar con seguir el espectáculo mirando por la cerradura.

En esto momento entró el príncipe de Limburg.

—¿Qué pasa aquí?—preguntó al asistente.

Este levantó la cabeza y repuso:

—¿Usted recuerda la guerra de los cien años? Pues una cosa así.

Y al oír una voz de mujer que decía: "¡Infame! ¡Infame!", el príncipe creyó comprenderlo todo.

—¿Está en casa el teniente Brand?—preguntó al asistente.

—No, señor.

—Entonces ¿esa señorita que parece tan desesperada está sola?

—Sí, señor.

—¿Es que no te atreves a entrar?

—No, señor. ¿Y usted?

—Probaré.

Abrió la puerta y se plantó ante la enfurecida Fifí.

—Soy un camarada del teniente Brand—dijo.

—¡Serán tal para cual!

—¿Ha cometido mi amigo alguna incorrección con usted?

—¿Una incorrección? La canallada más grande del mundo.

—¿Estaba citado con usted y ha faltado a la cita?

—¡Y se ha ido con otra! ¡En cuanto lo coja se va a acordar de mí ese mentecato con estrellas!

—Tranquilícese usted.

—¿Que me tranquilice? ¿Quiere usted que me tranquilice cuando he despreciado a príncipes y banqueros por ese pelagatos? Los empresarios lloraban ante la puerta de mi casa suplicándome aceptara sus contratos y yo los despreciaba a todos con tal de no separarme de este niño gótico. ¿No le parece a usted que es para rebanarle la yugular?

—Sería un disparate que iría en perjuicio de usted. Hay que obrar serenamente.

—¡Hace mucho tiempo que me está engañando ese sinvergüenza! Esto no se puede perdonar. Le aseguro a usted que en cuanto lo vea lo estrangulo.

—¿Quiere aceptar un consejo de un amigo desinteresado?—dijo el príncipe con el único propósito de evitar una catástrofe.

—¿Un consejo de un amigo de él?

—Le aseguro que es a usted a quien quiero ayudar puesto que es usted la perjudicada.

—¡Usted lo ha dicho! ¡Soy yo la perjudicada!

—¿Por qué no habla usted con la mujer que le ha quitado al teniente Brand?

—Porque para eso tendría que entrar en palacio y no me dejarían.

—¿En palacio?

—Sí.

—¿Quién es esa mujer?

—Una princesa.

—¡Una princesa!

—La princesa Cristina.

—¿Está usted segura?

—¡Y tan segura!

—Pero si no puede ser.

—¿Que no puede ser?

Fifí sacó un papel y dijo al príncipe señalando uno de los párrafos:

—Lea usted esto.

El príncipe leyó:

“... y si quiere comprobar la verdad de cuanto le digo, vaya esta noche al Salón Praterhof y verá a su teniente en los brazos de la princesa. Una buena amiga.”

—¿Cuándo ha recibido usted esto?—preguntó el príncipe.

—Hoy.

El príncipe se dijo entonces que debía de haber sucedido lo que él pretendía evitar.

La princesa habría mandado algún recado al teniente Brand creyendo que el teniente Brand era él y...

—¿Es guapo el teniente?—preguntó.

—¡Ya lo creo! — exclamó Fifí con entusiasmo—. Es guapo y arrogante. Tiene un aire marcial que extasía.

—Sin embargo—dijo el príncipe, al que habían molestado todos aquellos detalles—, no tiene dignidad.

—Ni vergüenza.

—Su acción es sencillamente despreciable.

—¡Canallesca!

—Vil.

—Por eso le digo que le he de sacar los ojos.

—La idea no es mala, pero tengo otra mejor.

—¿Cuál?

—Que vayamos a sorprender al teniente Brand en el Salón Praterhof.

—¡Es una gran idea!

—Pero usted ha de prometerme que no hará nada y que me dejará obrar a mí.

—Se lo prometo.

—Entonces vamos porque ya son las nueve.

Y el príncipe pensó:

“Menos mal que he llegado a tiempo de enterarme de todo y de remediarlo.”

XV

Entretanto, en el Praterhof, el teniente Brand andaba de un lado a otro con un ramo de flores.

Estaba emocionadísimo. Hacía frecuentes visitas al bar. Desde que se enterara de que la princesa era bonita, decidió extremar sus atenciones con ella con objeto de ver si la conquistaba.

¡Debía de ser una cosa tan agradable el estar casado con una princesa!...

Y si no le daba resultado este proceder a toda hora estaba a tiempo de despreciarla para ganar el ascenso que le había prometido su excelencia.

La princesa ya estaba en uno de los palquitos que rodeaban la sala del aristocrático *dancing* y en otro de enfrente, que tenía las cortinas discretamente corridas, se hallaban la condesa y el jefe de ceremonias.

Desde allí podrían espiar al teniente Brand para ver si cumplía lo prometido.

Pero antes de ocupar el palco, habían indicado al teniente dónde se hallaba la princesa, y el oficial se dirigió hacia allí con su ramo de flores.

—Alteza—balbuceó—, me parece mentira tener el honor de poder... de poder...

—¿Quién es usted?—le preguntó la princesa Cristina.

—El teniente Brand.

Ella le miró perpleja.

—¿El teniente Brand?

—Sí, Alteza.

—Eso no es verdad. Usted no es el teniente Brand.

—Puedo asegurarlo a su Alteza...

—Y yo puedo asegurarle que no es el teniente Brand.

—Un momento, Alteza... Me hacéis dudar hasta de mi propio nombre.

Sacó una tarjeta del bolsillo y la leyó.

—En efecto—dijo muy satisfecho—, soy el teniente Brand. Puede verlo su Alteza con sus propios ojos.

Le mostró la tarjeta, una tarjeta igual a la que la princesa había leído en el interior de un coche.

¿Qué habría sucedido? Por mucho que pensaba no podía aclarar los enigmas que la rodeaban. Pasaba por el hecho de que éste fuera el verdadero Brand y el otro un suplantador y un farsante. Pero lo que no comprendía era por qué le había preparado aquella entrevista el jefe de ceremonias. ¿Acaso por-

que creía que aquél era el hombre de quien ella le había hablado y quería complacerla?...

Entretanto, en el palco de las cortinas cerradas, decía el jefe de ceremonias:

—El teniente está llevando su papel con mucha propiedad. Estoy seguro de que se gana el ascenso.

Lo que no sabían ni su excelencia ni la condesa era que el teniente Brand obraba así por timidez y azoramiento y no porque quisiera captarse las antipatías de la princesa.

—¿Qué tomaremos?—preguntó el teniente sin despojarse aún de su timidez.

—Nada—contestó secamente la princesa.

Pero en este momento vió algo que la llenó de estupor y de indignación.

En uno de los palcos de enfrente estaba el suplantador del teniente Brand... ¡con una mujer!

Y acababan de servirles dos copas que se disponían a beberse alegremente.

Entonces cambió de modo de pensar y exclamó:

—Sí, tomaremos algo. ¿No le parece a usted, teniente?

—Encantado.

—Pues diga que nos traigan algo que alegre el ánimo y quite la sed, más lo primero que lo segundo.

Y como el teniente Brand sabía mucho de bebidas, pidió algo exquisito.

Pero así como la princesa había visto al "suplantador", éste había visto a la princesa y, con el único propósito de no dejarla un momento a solas con el teniente Brand (al cual ahora hacía objeto la princesa de toda clase de amabilidades por dar celos al que se los estaba dando a ella), quitó la bandeja al camarero que iba a servirlos y entró en el palco con ella.

La sorpresa de su Alteza no fué para descrita.

¿Sería que estaba viendo visiones?

El príncipe, sonriendo con una mezcla de amabilidad y de burla, puso las copas ante ellos y se marchó.

Poco después pudo comprobar la princesa que estaba en el palco con la *cocotte* que le acompañaba y entonces redobló sus amabilidades para con el teniente Brand.

Por invitación de la princesa,

brindaron, bebieron y charlaron alegremente, es decir, charló ella, porque el teniente estaba tan azorado, que no daba pie con bola.

Después dijo la princesa a su acompañante:

—Al entrar se olvidó usted de besarme la mano y hay que reparar ese olvido.

Le tendía la mano para que se la besara.

La confusión de Brand iba en aumento.

—¿Por qué no me besa usted la mano?—inquirió la princesa.

—Es que no me atrevo.

—Pues atévase. ¿Acaso no soy de su agrado?

—¡Oh, Alteza! Me parecéis la mujer más hermosa del mundo.

—Entonces...

Brand se hizo el ánimo y cogiendo la bellísima mano de la princesa depositó en ella un suavísimo beso.

En este momento, se le ocurrió a su excelencia levantar un poco la cortina y, ante lo que vió, exclamó con viva inquietud:

—Creo que el teniente Brand ha dejado el buen camino y marcha por el de la separación del cuerpo.

XVI

Aun no había terminado Brand de posar sus labios sobre la delicada mano de la princesa, cuando el príncipe se acercó a la baranda del palco haciéndose pasar por dibujante.

—¿Quiere la señorita que le haga un apunte?

Ella creyó que el suplantador de Brand se estaba divirtiendo a costa suya y repuso secamente:

—No.

Sin embargo, el príncipe le hizo un apunte y se lo entregó al mismo tiempo que le decía:

—Si hubiera puesto usted una

cara más alegre habría salido mejor.

Ella volvió la cabeza despreciativamente y entonces se encontró con el *maître* que iba a preguntarles si estaban a gusto, pregunta que sólo hacía a sus más distinguidos clientes.

La princesa aprovechó la ocasión para preguntarle:

—¿Quién es ese tipo que a veces es un camarero y otras un dibujante?

—Creo que es un detective de alto rango—repuso el *maître*.

—Pero ¿cómo se llama?

—Lo ignoro, señorita.

Por supuesto, el *maître* no sabía que estaba hablando con una princesa. Ella había sido la primera en darse cuenta de que le convenía guardar el incógnito.

Y apenas se había marchado el *maître*, entró en el palco un músico tocando el violín y, tras él, el príncipe cantando.

Tenía una bonita voz de tenor y un gusto extraordinario para cantar.

La canción era sumamente significativa para la princesa. Sin duda su letra había sido improvisada por aquel hombre que tan múltiples habilidades tenía y cuyo nombre seguía ella ignorando.

La canción empezaba así:

*El que no es fiel en amor
no merece ser amado.*

*Amor que no es compensado
se convierte en desamor.*

El cantante saltó la barandilla del palco y fué de mesa en mesa, deteniéndose especialmente en aquellas donde había una mujer bo-

nita, lo que acabó de descomponer a la princesa, la cual extremó más aún sus amabilidades para con el teniente Brand, que ahora estaba mucho más azorado aún que antes porque había visto a Fifi en el palco de enfrente.

Las genialidades del príncipe eran seguidas con interés por su excelencia y la condesa, los cuales se preguntaban cómo sería posible que la princesa no amase a un hombre tan extraordinariamente simpático como el príncipe de Limburg, prefiriendo en cambio a aquel teniente Brand que no tenía el menor atractivo.

Después el príncipe se puso a bailar con Fifi.

—¡Vamos a bailar, teniente Brand!—ordenó la princesa.

Y el teniente Brand se dejó arrastrar por la vehemencia de su Alteza, que había terminado por convertirlo en un juguete de sus planes amorosos.

Cuando estaban bailando, el teniente Brand se encontró con los ojos de Fifi clavados en él.

Esto le produjo un terror tal— pues sabía muy bien de lo que Fifi era capaz—que desde este momento no hizo sino dar pisotones a la princesa.

—¿Por qué baila usted tan mal? —preguntó su Alteza, fastidiada de tanto pisotón.

—Es que... tengo que comunicar a su Alteza algo muy importante. ¿Quiere su Alteza acompañarme al vestíbulo?

La princesa le acompañó y allí le propuso Brand que se fueran a ter-

minar la noche al parque de atracciones.

Su Alteza se hubiera negado, pero al darse cuenta de que, ocultos en una palmera del salón, el “suplantador” y su amiga les escuchaban, exclamó fingiendo una alegría que estaba muy lejos de sentir:

—¿Al parque de atracciones? Me parece una gran idea.

Y al punto salieron del Praterhof para dirigirse al parque de atracciones.

El príncipe y Fifi les siguieron.

XVIII

El príncipe tomó los billetes para él y para Fifi en una de las atracciones más sensacionales del parque donde habían visto que entraban la princesa y el teniente Brand.

La atracción consistía en una rueda gigantesca que giraba elevando a gran altura las cabinas de los pasajeros.

La aglomeración de público era enorme. Todos querían experimentar la fuerte emoción de sentirse remontados a gran altura para descender de nuevo a la tierra.

Para evitar accidentes que hubieran sido mortales de necesidad, las

cabinas estaban herméticamente cerradas. Se abrían sólo para dar paso a los viajeros y después se volvían a cerrar de modo que no se podían abrir hasta que terminaba la vuelta y estando la rueda completamente inmóvil.

El príncipe, que ya empezaba a cansarse de tanta comedia, concibió rápidamente un plan al ver que la princesa entraba en una cabina, mientras Brand continuaba avanzando arrastrado por la multitud.

—Vaya usted al alcance de su teniente—dijo el príncipe a Fifi.

Y se deslizó dentro de la cabina donde estaba la princesa, tan ab-

sorta en su tristeza, que no se dió cuenta de que el que entraba era su amado desconocido y no el teniente Brand.

—Tenemos que hablar, jovencita.

Ella se levantó sobresaltada.

—¿Qué hace usted aquí?

—La casualidad nos ha reunido.

—¡Haga el favor de marcharse!

—Lo siento, pero ya no puede ser. El aparato ha empezado a funcionar y no es cosa de que me arroje por una ventanilla para darle gusto.

—Estoy cansada de que se burle usted de mí.

—¿Y eso lo dice usted?

—¿Cómo no lo he de decir si ha estado toda la noche haciendo ostentación de una *cocotte*?

—¿Y qué ha hecho usted? Esta mañana conmigo y esta noche con

otro. Usted me hizo concebir esperanzas y después me ha traicionado.

—Eso no es verdad.

—Pues estaba a la vista.

—Yo he ido al Praterhof para reunirme con el teniente Brand, es decir, con otro que no era el verdadero teniente Brand y que yo creía que se llamaba así.

—¿De veras esperaba encontrarse usted conmigo?

La princesa bajó la cabeza para ocultar su rubor y dijo:

—Sí... Yo había ido al Praterhof creyendo que pasaría una noche inolvidable y ahora resulta que ha sido la más triste de mi vida.

Se echó a llorar.

El la consoló, la enjugó las lágrimas y le dijo al oído:

—Todavía tenemos tiempo de rectificar. La noche no ha terminado.

* * *

Y, en efecto, aun tuvieron tiempo de rectificar. Se divirtieron hasta el frenesí, primero en el parque de atracciones y después en otro *dancing* aristocrático donde cenaron en la intimidad de un palco con las cortinas corridas.

Y llegó el momento más triste para la princesa, aquel en que tenía que decir toda la verdad. El tenía que saber que estaba hablando con una mujer que estaba esclavizada por los deberes reales. El debía saber esto antes de que las cosas pasaran adelante, con lo que la separación habría resultado más amarga.

El príncipe fingió impresionarse mucho. El esperaba momento más adecuado para revelar a la prince-

sa su verdadera personalidad y seguía representando el papel de hombre de modesta condición.

A las primeras horas de la mañana el coche alquilado los condujo hasta la puerta trasera del palacio.

Se detuvo un poco lejos de la verja por orden de la princesa y ella bajó haciendo esfuerzos para ocultar las lágrimas.

—¿Nos volveremos a ver?—preguntó la princesa resistiéndose a aceptar como definitiva aquella separación.

—Nunca, Cristina. Esa puerta está cerrada para mí. Sólo un príncipe podrá penetrar por ella para obtener tu mano.

—Es verdad—gimió la princesa.
—Adiós.

Se estrecharon las manos. El cubrió de besos las de ella. La princesa se fué con paso lento, como el reo que se dirige al patíbulo.

De pronto se detuvo y, en un arrebato de amor, volvió al lado de su amado y le arrojó los brazos al cuello.

—¡Me voy contigo!—exclamó—. ¡Me voy contigo! ...o podría vivir sin ti.

El príncipe se estremeció de amor y de alegría. Ahora sí que no podría caberle duda de que la princesa le amaba.

Volvieron a subir al coche. Este comenzó a rodar lentamente por las afueras de la población. En el interior, muy juntitos, iban el príncipe y la princesa.

Y ésta exclamó:

—¡Qué bien tapizado está este coche!

* * *

El jefe de ceremonias y la condesa estaban sumamente preocupados.

Era media mañana y la princesa no había regresado todavía.

—¡Debe de haberle ocurrido algún accidente!—decía el jefe de ceremonias.

—Sin duda—gemía la condesa.

—¿Qué hacer?

—Tendremos que dar cuenta de lo ocurrido a sus Majestades.

—Antes debemos ir a buscarlos.

Mandaron preparar un coche y salieron por las calles de la ciudad.

Dos horas después regresaban descorazonados.

Y al mismo tiempo, un coche de alquiler se detenía ante la puerta del palacio.

—¡Qué locura!—exclamó Cristina al darse cuenta de dónde estaban—. Alejémonos de aquí.

—No. Es aquí precisamente donde hemos de bajar.

—Pero...

El príncipe abrió la portezuela y se apeó del coche.

Lo que ocurrió entonces llenó de asombro a la princesa. El jefe de la guardia acudió a rendir honores al que ella creía un hombre de humilde condición y le llamaba príncipe, príncipe de Limburg.

El príncipe le ofreció la mano y

entonces bajó ella, sin salir todavía de su asombro.

Entonces, el hombre que adoraba y era adorado por la princesa dijo:

—El príncipe de Limburg va a presentar a su novia al emperador.

Y los dos, el príncipe y la princesa, subieron, cogidos del brazo, la soberbia escalinata del palacio real.

El jefe de ceremonias y la condesa pudieron presenciar desde el carruaje, cuando regresaban descorazonados de la busca infructuosa, este cuadro maravilloso, que más tarde había de culminar en la espléndida recepción oficial del príncipe de Limburg.

FIN

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales
de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La viuda alegre
El gran desfile.
Miguel Strogoff o el Correo del Zar.
La princesa que supo amar.
El coche número 13.
Sin familia.
Mare Nostrum.
Nantás, el hombre que se vendió.
Cobra.
El fin de Montecarlo.
Vida bohemia.
Zazá.
¡Adiós, juventud!
El judío errante.
La mujer desnuda.
La tía Ramona.
Casanova.
Hotel imperial.
Don Juan, el buclador de Sevilla.
Noche supical.
El séptimo cielo.
Bean Geste.
Los vencedores del fuego.
La mariposa de oro.
Ben-Hur.
El demonio y la carne.
La castellana del Líbano.
La tierra de todos.
Trípoli.
El rey de reyes.
La ciudad castigada.
Sangre y arena.
Águilas triunfantes.
El sargento Malacara.
El capitán Sorrell.
El jardín del edén.
La princesa mártir.
Ramona.
Dos amantes.
El príncipe estudiante.
Ana Karenine.
El destino de la carne.
La mujer divina.
Alas.
Cuatro hijos.
El carnaval de Venecia.
El ángel de la calle.
La última cita.
El enemigo.
Amantes.
Moulin Rouge.
La bailarina de la Opera.
Ben Ali.
Los cuatro diablos.
¡Ríe, payaso, ríe!
Volga, Volga.
La sinfonía patética.
Un cierto muchacho.
¡Nostalgia!
La ruta de Singapur.
La actriz.
Mister Wu.
Renacer.
El despertar.
Las tres pasiones.
La melodía del amor.
Cristina, la Holandesa.
¡Viva Madrid, que es mi pueblo!
Sombras blancas.
La copla andaluza.
Los cosacos.
Icaros.
El conde de Montecristo.
La mujer ligera.
Virgenes modernas.
El pagano de Tahiti.
Estrellas dichasas.
La sená del 98.
Esto es el cielo.
Espejismos.
Evangeline.
Orquídeas salvajes.
El caballero.
Egoísmo.
La máscara del diablo.
El pan nuestro de cada día.
Vicia hidalguía.
Posesión.
Tentación.
La pecadora.
El beso.
Ella se va a la guerra.
Los hijos de nadie.
El pescador de perlas.
Santa Isabel de Cerés.
Las dos huérfanas.
La cacería de la estepa.
El precio de un beso.
La raposodia del recuerdo.
Delikatessen.
Del mismo barro.
Estrellados.
Cuatro de infantería.
Olimpia.
Monsieur Sans-Gêne.
Sombras de gloria.
Mamba.
Ladrón de amor.
Molly (la gran parada).
El valiente.
¡De frente... marchen!
Prim.
El presidio.
Romance.
El gran charco.
Tempestad.
El dios del mar.
Anne Christie.
Sevilla de mis amores.
Horizontes nuevos.
Ben-Hur (edición popular).
La incorregible.
El malo.
El pavo real.
Bajo los techos de París.
Wu-li-chang.
Montecarlo.
Camino del infierno.
¡Mío será!
¡Aleluya!
La mujer que amamos.
Al compás de 3/4.
La princesa se enamora.
Amanecer de amor.
El gran desfile (edición popular).
Du Barry, mujer de pasión.
La viuda alegre (edición popular).
Ángeles del infierno.
Cuerpo y alma.
Esposa a medias.
Eclavas de la moda.
Petit Café.
Hay que casar al príncipe.
Inspiración.
El proceso de Mary Dugan.
En cada puerto un amor.
Marruecos.
¿Conoces a tu mujer?
El millón.
La mujer X.
Gente alegre.
Mar de fondo.
La llama sagrada.
La fruta amarga.
La ley del barón.
Vidas truncadas.
La fiera del mar.
Tabá.
El pasado acusa.
Papá piernas largas.
Trader Horn.
Un yanqui en la corte del rey Arturo.
El código penal.
La pura verdad.
Maternidad, o el derecho la vida (fuera de serie).
Carbón (La tragedia de la mina).
Estudiantina.
Las peripecias de Skippy.
¡Qué viudita!
El camino de la vida.
Noches de Viena.
Mamá.
Eran trece.
Cheri-Bibi.
Bésame otra vez.
Camarotea de lujo.
Los hijos de la calle.
La divorciada.
Madame Satán.
¿Cuándo te suicidas?
Marianita.
El carnet amarillo.
Honrarás a tu madre.
Su última noche.
Las alegres chicas de Viena.
¡Viva la libertad!
Malvada.
El teniente del amor.
Deliciosa.
Cielo robado.
Amargo idilio.
Honor entre amantes.
Para alcanzar la luna.
El hombre que asesinó.
¡Ríndase!
La calle.
El prófugo.
Milicia de paz.
Amores de medianoche.
Miguel Strogoff o el Correo del Zar (edición popular).
La hermana San Sulpicio.
El demonio y la carne (edición popular).
La dama misteriosa.
Los claveles de la Virgen.
Pareja de baile.
Alma libre.
Al Capone (Pánico en Chicago).
Mi último amor.
Muchachas de uniforme.
Marido y mujer.
Mata-Hari.
Congorila (fuera de serie).
Carceleras.
Érase una vez un vals.
Hombres en mi vida.
Niebla.
Rebeca.
Indeseable.
Tarzán de los monos.
El terror del hampa.
La vuelta al mundo por Douglas Fairbanks.
Chica bien.
Recién casados.
Champ (El campeón).
La zarpa del jaguar.
Los amores de José Mojica (fuera de serie).
El caballero de la noche.
Arsène Lupin.
La dama del 13.
Amor en venta.
El pecado de Madellón.
Claudet.
La casa de los muertos.
Titanes del cielo.
El proceso Dreyfus.
La vida de un gran artista.
El último varón sobre la Tierra.
Fantomas.
Violetas imperiales.
Soy un fugitivo.
Teresita.
La película de las estrellas.
Grand Hotel (fuera de serie).
Hollywood al desnudo.
Sangre roja.
Emma.
Primavera en otoño.
El hijo del destino.
Ella o ninguna.
El enemigo en la sangre.
El azul del cielo.
El monstruo de la ciudad.
El hombre que se reía del amor.
Susan Lenox.
Mercado de mujeres.
Manos culpables.

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Próximo número:

LA MANO ASESINA

Emocionante asunto, interpretado por
BEN LYON y B. WEEKS.

En preparación:

EL SARGENTO X

Magnífico asunto dramático, interpretado por IVAN MOSJOUKINE, SUZY VERNON, JEAN ANGELO.

¡Hágase reservar sus pedidos desde ahora mismo!

¡Siempre lo mejor!

¡NO SE DEJE LISTED SORPRENDER!

EXIJA SIEMPRE

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Coleccione usted los nuevos
aciertos de
Ediciones BISTAGNE

EXITOS CINEMATOGRAFICOS

NÚMEROS PUBLICADOS:

LA LOTERIA DEL DIABLO, por Elissa Landi, Victor Mac Laglen, etc.
LA CONDESA DE MONTECRISTO, por Brigitte Helm.
AMOR PROHIBIDO, por Adolphe Menjou y Bárbara Stanwyck.
UNA MUJER DE MALA FAMA, por Ma-dy Christians, Hans Stowe, etc.
UNA NOCHE EN EL PARAISO, por Anny Ondra.
JAQUE AL REY, por Emile Chautard, Pauline Garon.
PARIS-MEDITERRANEO (Dos en un coche), por Annabella y Jean Murat.
PAPA POR AFICION, por Warner Baxter y Marian Nixon.
BAJO EL CIELO DE CUBA, por Lawrence Tibbet, Lupe Vélez, etc.
LA CHICA DEL GUARDARROPA, por Sally Eilers, Ben Lyon, etc.
EL HACHA JUSTICIERA, por Edward G. Robinson, Loretta Young, etc.
CON EL FRAC DE OTRO, por William Haines y Dorothy Jordan.
CONDENADO, por Ronald Colman.
MONSIEUR, MADAME Y BIBI, por Mary Glory y René Lefebvre.
ILUSION JUVENIL, por Marian Marsh, Anita Page, etc.
EL DORADO OESTE, por George O'Brien.
ENTRE DOS FUEGOS, por Joan Bennett y Ben Lyon.
LA REINA KELLY, por Gloria Swanson, Walter Byron y Seena Owen.
SU GRAN SACRIFICIO, por Richard Barthelmess, Mae Marsh, etc.
TRAS LA MASCARA, por Jack Holt, Boris Karloff, etc.
TRES RUBIAS, por Ina Claire, Madge Evans, Joan Blondell, etc.
ENTRE DOS ESPOSAS, por Sally Eilers, Ralph Bellamy, etc.
AGUILAS HUMANAS, por Liane Haid, etc.
DESILUSION, por Helen Twelvetrees, Eric Linden, Arline Judge, Cliff Edwards, etc.

Lujosa presentación. 8 interesantes fotografías en papel couché.
Precio: 50 céntimos

LOS MEJORES FILMS

NÚMEROS PUBLICADOS:

CHANDÚ (Fantasía oriental), por Edmund Lowe e Irene Ware.
EL DINERO TIENE ALAS, por Will Rogers, Dorothy Jordan, etc.
NO QUIERO SABER QUIÉN ERES, por Liane Haid y Gustav Froehlich.
LA MUJER PINTADA, por Peggy Shannon y Spencer Tracy.
¡ALÓ, PARÍS!, por Josette Day y Wolfgang Klein.
PÁJAROS DE NOCHE, por Anny Ondra, Ivan Petrovich, etc.
LA BAILARINA SANS-SOUCI, por Lil Dagover, Otto Gebühr, etc.
UNA AVENTURA AMOROSA, por Mary Glory, Albert Préjean, etc.
DE PURA SANGRE, por Clark Gable, Madge Evans, etc.
EL BESO REDENTOR, por Charles Farrell, Joan Bennett, etc.
RAFFLES, por Ronald Colman, Kay Francis, David Torrence, etc.
ABISMOS DE PASION, por Jean Harlow y Walter Byron.
LA BANDA DE LAS PERLAS NEGRAS, por Hugh Wakelield, etc.
EL ABOGADO DEFENSOR, por Edmund Lowe, Evelyn Brent, etc.
EL HOMBRE QUE VOLVIO, por Conrad Nagel, Doris Kenyon, etc.

Inmejorable presentación. 8 interesantes fotografías en papel couché. Precio: 50 céntimos

Ediciones BISTAGNE

le recomienda las siguientes publicaciones:

Exitos cinematográficos

Publicación semanal a base de películas de relieve - Ilustraciones en papel couché.
Precio: 50 cts.

Los mejores films

Publicación semanal de gran presentación - Ilustraciones en papel couché.
Precio: 50 cts.

La Novela Cinematográfica del Hogar

52 páginas de texto. - 5 Ilustraciones interiores.
Postal-regalo.
Precio 30 cts.

EL SOBRE SEMANAL

Conteniendo una novelita de cine completa con su correspondiente postal, a 15 cts.

AVENTURAS FILM

Asuntos de emoción, completos, inmejorable presentación y excelente texto, a 15 cts.

Colección Idolos populares

Biografía de los artistas favoritos de la juventud. Cómo se formaron. Cómo llegaron a artistas de cine.

Precio 15 cts.

Y LAS SELECTAS

EDICIONES ESPECIALES

Novelación de las mejores películas de las mejores marcas.
250 títulos publicados.
Precio: 1 peseta

EDICIONES BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis. BARCELONA

Exclusiva de distribución en
España

**SOCIEDAD GENERAL ES-
PAÑOLA DE LIBRERIA,
DIARIOS, REVISTAS Y
PUBLICACIONES, S. A.**

Barbará, 16 - BARCELONA

Evaristo San Miguel, 11 - MADRID

E. B.

Precio: Una peseta